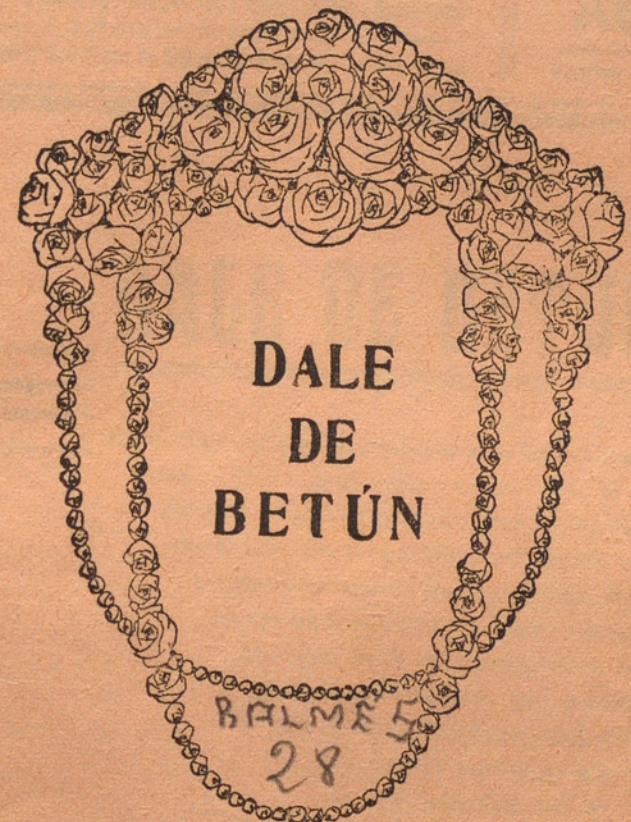


EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DALE DE BETÚN

JUAN DE LANDA
ANTONITA COLOMÉ
ANTONIO PALACIOS

José Llascáit



DALE
DE
BETÚN

BALME 5
28

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES

Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS

Sociedad General Española de Librería - Barberá, 16 - Barcelona



Publicación semanal

Año IX

Núm. 153

DALE DE BETUN

Con esta novela se ha conseguido el fin que indudablemente se proponían sus autores, el de ofrecer al público un rato de expansión, unos momentos de distracción, sin tener que pensar, aún cuando sus personajes, tienen un fondo de humanismo innegable. Son tipos corrientes, tipos que vemos a diario pero que precisan de un observador para que podamos darnos cuenta exacta de lo que significa dentro de la sociedad. - Creación de

JUAN DE LARREA

E X C L U S I V A S

H U E T

Paseo de Gracia, núm. 66 - BARCELONA

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Teléfono 70657 - BARCELONA

PRINCIPALES INTÉPRETES

Don Zenón	JUAN DE LANDA
Fifina	Antoñita Colomé
Pepe	Antonio Palacios

Dirección de

R. CHEVALIER

Producción de

R. CHEVALIER

ESTUDIO DE CINE

ZARZUELA
T 3 U H

NARRACIÓN DEL FILM POR
MANUEL NIETO GALAN

DALE DE BETÚN

**RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA**

UN SALON DE LIMPIABOTAS



A Fortuna no es para quien la busca, sino para quien la encuentra». Así reza un refrán castellano y, en verdad, que como la mayoría de los refranes, éste es a veces axiomático.

Cuántas veces un hombre corre en pos de la Fortuna, se esfuerza en alcanzarla y cuando ya la cree más a la mano aquella, se desvanece como humo de paja y nuevamente ha de reemprender el camino corrido donde dejó sus esfuerzos.

Sin embargo, en otras ocasiones, cuando más lejos se cree a esta Dio-

sa tan esquiva, cuando más imposible parece alcanzarla, surge de pronto ante nosotros mostrándonos coquetamente, como mujer que es, su sonrisa femenina y se nos ofrece sin resistencia alguna.

Y esto último fué lo que le sucedió a don Zenón, el propietario del más acreditado salón de dar lustre al calzado que se ha visto.

Don Zenón había nacido más pobre que las ratas, había trabajado más que un negro y había suspirado año tras año con lograr una posición desahogada, pero sin conseguirlo. Había sudado betún por todas partes de su cuerpo y no había te-

nido manera de ahorrar dos pesetas.

Pero, de pronto, surge en su mente una idea venturosa, se have la luz en su cerebro y lanza el grito de Eureka, la Fortuna se le muestra propicia y empieza para don Zenón una vida distinta.

Gracias a un procedimiento completamente suyo consigue inventar una crema para el calzado que da mucho más brillo que las otras, el público la acoge favorablemente y empieza a ganar dinero. Después de este triunfo no se achica el bueno de Zenón y monta un lujoso salón de limpia-botás que no tarda en acreditarse y así vemos convertido al antiguo trabajador que tenía que andar rodando por los suelos en pequeño comerciante y gran burgués.

Aquella crema era, para don Zenón, la tranquilidad de su vida y no lo decimos solamente por la parte económica, sino también por la parte física. El pobre hombre tenía una debilidad que no la podía remediar y era el de que en cuanto tenía ante sus ojos unas pantorrillas femeninas, empezaba a poner los ojos en blanco, a suspirar más que una viuda y le daba un temblor que parecía que sufría de convulsiones eléctricas. Gracias a su invento se libraba de este suplicio, aun cuando, a veces, echaba de menos aquel recreo vi-

sual que le permitía su antigua profesión.

Tenia, a la sazón, don Zenón, unos cuarenta años, más bien menos que más, era un tipo regordete, de nariz abultada, de pequeña estatura y cuya indumentaria, o mejor dicho, su tipo, no era el propio para dar prestigio a un sastre.

Mas, así y todo, él estaba convenido (natural debilidad del ser humano), que era un «castigador» y que para él no había mujer que se le resistiera, excepto una, su media naranja, su cónyuge, que ésta sí que se le resistía y hasta le hacía cara.

Convencido de que el ojo del amo engorda el caballo, o de que el que tiene tienda que la atienda, don Zenón iba todos los días a su establecimiento para vigilar la marcha de éste y charlar un rato con la cajera, una muchacha no desagradable, que en más de una ocasión había hecho suspirar a don Zenón, pero que había terminado por convencerle de que a ella eso del betún no le daba lustre.

Un día estaba hablando animadamente con la cajera y por vigésima vez le refería la forma de cómo había hecho el dinero y le decía:

—Gracias a haber sido limpiabotás, inventé la crema, y gracias a la crema dejé de limpiar botas. La ver-

dad es que mi crema es una crema «jamón».

La cajera, que conocía la debilidad de don Zenón, en vez de responderle a lo que le decía, se fijó en una parroquiana que entraba en aquel instante en el salón y llamó la atención del dueño, diciéndole:

—Mire usted, don Zenón, mire usted que señorita entra.

Don Zenón contempló a la señorita en cuestión, la repasó de arriba abajo en una ojeada completa y terminó aprobando aquella inspección, diciendo:

—¡Jamón, pero, qué jamón se rrano!

Se levantó el limpiabotas de turno para hacer el servicio y don Zenón, pensando en lo próximas que iban a estar de los ojos de su dependiente las admirables extremidades de aquella mujer, le dijo:

—¡Cómo te envidio, limpia!

El dependiente, sin comprender el motivo y creyendo que se trataba de una añoranza del oficio, le respondió:

—Yo sí que le envidio a usted.

—No, si te digo que te envidio el paño.

—Y yo le envidio a usted la «te-la»—le respondió el limpia refiriéndose al dinero que poseía don Zenón.

La cliente, que ya hacía un rato

que se había sentado, empezó a dar muestras de impaciencia y el limpia se acercó solícito a ella, mientras interiormente decía:

—Mi madre, que gachí!

La otra, que no había oído la exclamación del limpia, colocó los pies para que le limpiase el calzado, diciéndole:

—Quíteme usted el barro.

—Van a quedar como unos espejos—le dijo el limpia sonriendo.

—Me ha salpicado un coche y mire cómo me ha puesto... Ha sido una verdadera desgracia.

Y para que el limpia se diese cuenta de la «desgracia» que había tenido, se levantó las faldas y dejó más al descubierto todavía unas pantorrillas como para volver tarumba al hombre más casto del mundo.

El limpia, con ese desparpajo de los de su oficio, al oír aquello de desgracia, se echó a reír y le respondió intencionadamente:

—Para usted habrá sido una desgracia, pero lo que es para mí ha sido una suerte.

—¿Qué?—preguntó la muchacha.

—Digo que para mí ha sido una suerte—siguió diciéndole el limpia —porque así me proporciona el placer de servirla.

—Muy galante—respondió la joven sonriendo, ante las palabras del

limpia y preguntándole con cierta sorna—: ¿Es usted un castigador?

—Algo hay de eso—respondió chulescamente el limpiabotas—, pero esté usted tranquila. Yo soy un castigador de callos y juanetes y usted no puede ofrecerme ocasión.

Mientras le hablaba, el limpia, no quitaba los ojos de las pantorillas de la cliente, admirando cada vez más las formas tan estupendas que encerraban aquellas mediesitas de seda, y ella al darse cuenta, le dijo enfadada:

—Me parece que es usted un atrevido.

—Todo lo contrario, señorita— exclamó el betunero sin levantar la vista—. Si ni siquiera me atrevo a levantar la vista.

—Claro, para no dejar de mirarme las pantorillas—respondió ella.

—No vaya usted a creer que lo hago con intención—se excusó el limpiabotas, al mismo tiempo que le pasaba las manos por las pantorillas y le decía, para justificar su acción: Lleva usted todas las medias salpicadas de barro... ¿Me permite usted?

—No se moleste, cuando se sequen ya se caerá.

Don Zenón, que no quitaba la vista del grupo formado por su depen-

diente y la muchacha, envidiaba en aquel momento el no poder coger una caja y un paño y poder acercarse a la cliente y prestarle el servicio. Al ver que la conversación entre el limpia y ella se alargaba, le dijo a la cajera:

—Ya me escama ese limpia... Si con todos los clientes tarda tanto, me parece que no se va a hacer viejo en esta casa.

—Es que a los clientes hay que darles alguna «coba», don Zenón— respondió la cajera sonriendo interiormente al comprender el verdadero motivo de aquella indignación del dueño.

—Una cosa es darles coba y otra el celebrar una conferencia—replicó don Zenón.

Por fin, en aquel momento, la cliente se levantó, después de haberse hecho el servicio y la cajera procuró aplacar la nerviosidad de don Zenón, diciéndole:

—Ahora ya se va la señorita.

—Y yo también—exclamó don Zenón—. Voy a ver quién es.

Y sin esperar más, salió tras la cliente, seducido por la belleza de aquella mujer, que desde el primer golpe de vista lo había vuelto chiflado y por quien habría hecho todo cuanto se le hubiera exigido.

UN AMIGO IMPORTUNO

¿Conocen ustedes a ese tipo importuno, que siempre surge cuando menos falta hace?

Estoy seguro de que todos los lectores habrán tropezado con él en alguno de esos momentos en los que su presencia es de lo más molesta que cabe. En ese tipo que solamente se le ve en los instantes más interesantes de nuestra vida. Es el compañero de colegio, el del oficio, el que sirvió en el ejército con uno, que ha desaparecido y en ocasiones se piensa en él y se pregunta uno mismo: ¿Qué habrá sido de Fulano? Y el Fulano no aparece por ninguna parte. ¡Qué buen chico era!—decimos—. ¡Qué simpático! Y en esos momentos sentimos unos grandes deseos de verlo, de abrazarlo, expe-

rimentamos un gran afán de estrecharlo entre nuestros brazos, de ofrecerle cuanto fuese necesario, pero ese tipo importuno no se le ve por ninguna parte y pasan los días, las semanas y los meses sin que dé señales de vida.

Pero llegó un día en que se va huyendo de un acreedor, detrás de una mujer bonita o en busca del médico para un familiar que está en grave estado, y entonces... ¡oh!, entonces es cuando surge aquel tipo que al verlo, exclama:

—¡Caramba, Fulano!... Cuánto tiempo sin verte... ¿Qué es de tu vida?... ¿Dónde has estado metido?... ¡Las veces que me he acordado de ti!

Y una que lleva los minutos con-

tados o que ve que el acreedor se le echa encima, tiene que aguantar toda aquella serie de preguntas, sin que llegue el instante deseado de poderse librar de las efusivas exclamaciones del tipo importuno que ha surgido de pronto, como podría haber surgido un peñasco en el que tropezase uno para caer de narices.

Inútil es cuanto se haga para demostrarle que se tiene prisa, porque da la casualidad que siempre se le encuentra en un momento en que él está ocioso y que aprovecha aquella ocasión para distraer la ociosidad, hablándole de tiempos pasados, muy agradable, sí, pero en otra ocasión más propicia que aquella.

Y ese tipo importuno, ese maja-dero, que podríamos llamar, le salió también al paso al bueno de don Zenón, cuando mayor era su empeño en no perder de vista a la bella cliente del salón limpiabotas.

El tal tipo, o mejor dicho, Pepe, que algún nombre tiene que dársele, era un antiguo compañero de oficio de don Zenón, que envidiaba la suerte de su ex colega. Era uno de esos puntos que no hacen nada en la vida y que suelen arrimarse siempre al árbol que da más sombra, o mejor dicho que da más fruto. Vivía como podía, o como le dejaban vivir sus amigos a quienes sableaba de lo lindo. Al ver a Zenón, pensó en que

ya había hecho el día y corrió a abrazarle, diciéndole:

—¡Hola, Zenón!... ¡Cuánto tiempo sin verte!

Pero don Zenón, sin querer perder de vista a la muchacha, se excusó del abrazo de su ex compañero y le dijo apresuradamente:

—Perdona, tengo prisa... Ya hablaremos otro rato.

Pero Pepe no estaba dispuesto a dejar escapar su presa y reteniéndole, casi a viva fuerza, le dijo:

—No huyas, hombre... No voy a darte la lata... Tenía muchas ganas de verte para darte un abrazo.

—¿De cuánto?—preguntó don Zenón, creyendo haber oído un «sablazo».

Pepe adoptó un aire de hombre enfendido y le respondió:

—No entiendo lo qué quieres decirme, Zenón... ¿Acaso supones que mi amistad?...

Pero, como don Zenón sabía hasta donde llegaba la amistad de su ex compañero, sacó un billete y se lo entregó, diciéndole:

—Toma y déjame. Tengo prisa.

Pepe, con un gesto de dignidad, hizo que rechazaba la dádiva amistosa, aun cuando se le guardó y protestó de nuevo, diciéndole:

—No quiero dinero.

—Pues qué sablazo me querías dar?

—Yo no te he hablado de sablazo, sino de abrazo.

Don Zenón, con el deseo de terminar cuanto antes, le dió un abrazo a su amigo y le dijo, haciendo intención de proseguir su marcha:

—Toma y adiós... Me vas a hacer perder la pista...

Pepe sonrió maliciosamente, guiñó un ojo con mayor picardía todavía y le preguntó:

—¿De una mujer?

—De una mujer preciosa—respondió sonriendo don Zenón.

—¿Y dices que estás en la pista?... Pues te recomiendo que no hagas payasadas.

Zenón miró por todos lados, y viendo que había desaparecido su bella perseguida, exclamó desalentado:

—¡Ya la he perdido! ¡Y la he perdido por tu culpa!

Pepe, que no le daba ninguna importancia a las mujeres, no se la dió tampoco a lo que le había sucedido a Zenón y le dijo:

—¿Y que te importa? Con ese tipo de ministro que tienes y con tu cartera, no hay mujer que se te resista.

Pero Zenón no estaba tan conforme como él y nuevamente se lamentó, diciéndole:

—¡Me has fastidiado! ¿Cómo la volveré a ver?

—¿Dónde la has conocido?—le preguntó Pepe.

—En el salón. Vino a limpiarse el calzado... Si vieras la envidia que me dió el limpia!... ¡Chico, qué pies!... ¡Qué pantorrillas!... ¡Qué...!

—Detente, Zenón—le atajó su amigo—. No sigas en tus definiciones, porque me vas a poner la carne de gallina, es decir, de gallo.

—Es que, hasta sentí celos de aquel tipo.

—¿Celos de un limpia?—preguntó extrañado, Pepe.

—Celos furiosos—afirmó Zenón—. Otelo a mi lado era un cartonero escamado... Y aquel miserable le hablaba... ¡Y la miraba!...

—Le daría ella pie para ello—le dijo su amigo.

—Le dió pie, pero sólo para que limpiara el calzado. El insistía hablándole y ella se reía, mientras que yo rabiaba. Por fin salió, la seguí, llegaste tú, me detuviste y perdí su pista...

—Caramba, cuánto lo siento, hombre... Te juro que de haberlo sabido...

Don Zenón le echó una mirada furibunda. Lo único que le faltaba ahora era aquella excusa, después de haberle dicho que no lo detuviera. Pero, pudo contenerse y siguió diciéndole:

—Ah, yo la encontraré!... ¡Te

digo que la encontraré!... No sé cómo, pero ten por seguro que la encontraré.

Pepe quedó unos segundos callado, hasta que de pronto exclamó:

—¿Dices que no sabes cómo encontrarla?... Pues, no te importe. Tengo una idea. Yo he contribuído a que la pierdas y tengo el deber de ayudarte a encontrarla.

Don Zenón se le quedó mirando, dudando de lo que le decía su amigo. Por otra parte, ¿qué probabilidades tenía Pepe de encontrarla, cuando se trataba de una mujer que ni siquiera había visto? Pero como muchas veces Pepe le había demostrado poseer una inventiva, que ni la de Marconi, le preguntó:

—¿Es posible?

—Todo es posible en este mundo—exclamó Pepe—. ¿Dices que el compañero la hablaba y que ella le contestaba?

Don Zenón sintió otra vez el dardo de los celos clavado en su corazón y suspiró diciendo:

—No me lo recuerdes siquiera, aquello fué peor que un suplicio.

—Todo lo contrario—insistió Pepe—. Este es un detalle que no hay que olvidarlo. Quizás el limpia la conozca.

—Imposible... ¿Crees tú que un limpia va a conocer a una mujer como esa?—protestó don Zenón.

—Vamos a verlo, hombre—insistió Pepe, cogiendo de un brazo a su amigo, para llevárselo hacia el salón, mientras que don Zenón se oponía, diciéndole:

—Yo no, no voy. No me rebajo a interrogar a mi rival.

—Por eso no te preocupes—replicó Pepe, encontrando solución a todo—. Tú no tendrás que hablar ni una sola palabra, seré yo el que interroge y tú el que escuches... Anda, vamos.

Y reteniéndolo del brazo se lo llevó nuevamente hacia el salón, para inquirir detalles de aquella mujer que tanta impresión había hecho a su amigo y de quien nada sabían.

Al llegar al salón de limpiabotas, Pepe se fué directamente hacia el dependiente que había servido a la joven en cuestión y en el tono más amigablemente posible, le preguntó, con cierta indiferencia:

—¿Qué haces?... Esperas a la parroquia?

—No—respondió el otro, sin poder adivinar cuál era la causa de aquella pregunta—. Estoy procurando ver a una dama a la cual he servido... ¡Qué mujer, chico!

—¿Guapa?—preguntó Pepe.

—¡De las que atontolian, Pepe!—le respondió admirativamente el limpia.

—¿La conocías, tú, acaso?—in-

quirió Pepe, sin querer soltar prendas hasta saber el terreno que pisaba.

—¡Ya lo creo que la conozco!

—¿Y quién es?—volvió a preguntable fingiendo una ingenua curiosidad.

—Es una señorita que vino a limpiarse el calzado aquí, hace un rato.

Pepe, desalentado al ver que no le daba los informes que él creía que poseía el limpia, le dijo:

—Pero, ¿no sabes quién es?

—No lo sé, pero lo sabré muy pronto—respondió el betunero.

—¿Cómo?

—Pues, yendo a verla, sencillamente. De esta forma no falla que sepa quien es.

—Pepe no comprendía, como no sabiendo quién era la cliente podía el limpia ir a su casa y por lo mismo, le dijo:

—Si no sabes nada de ella, ¿cómo puedes ir a verla?

—Es que esa señorita se ha dejado aquí su bolso y voy a ir a llevárselo.

Don Zenón seguía de cerca toda aquella conversación, sin tomar parte en ella, tal y como él se lo había propuesto.

—¿Y por el bolso puedes sacar su dirección?—preguntó otra vez Pepe.

—Claro que sí. He visto su dirección en las tarjetas que lleva dentro del bolso. Figúrate, ¿quién sabe lo

que puede pasar?... Las mujeres son tan caprichosas.

Don Zenón, sin poder contener sus celos, se adelantó hacia el limpia y le dijo enérgicamente:

—Venga ese bolso!

Pero el otro, sin atender a la orden que le daba, le preguntó extrañado:

—¿Por qué he de darle el bolso? Yo he sido quien lo he encontrado.

—Pero yo seré el que se lo lleve... Esa señora es amiga mía.

El limpia, que era más cuco de lo que Don Zenón pudiera pensar, adivinó en seguida el plan que se proponía el inventor de la crema y le preguntó:

—Si es amiga suya, dígame dónde vive... ¿Lo sabe usted?

Se vió don Zenón cogido por aquella pregunta y sin saber qué decir, repuso al fin:

—Bueno, eso no te importa. Tú dame el bolso y no pidas más explicaciones, no tengo porque dártelas.

—Ni yo tengo porque darle el bolso—murmuró el muchacho, negándose rotundamente a acceder a lo que solicitaba don Zenón.

Comprendió don Zenón que la actitud del limpia era irreductible y decidió a apoderarse de aquel bolso donde podía hallar la clave que le descubriese quién era su bella des-

conocida, cambió de táctica y le dijo:

—Transijamos... ¿Cuánto quieres por ese bolso?

El limpia sonrió maliciosamente y acariciando el bolso como si fuera la propietaria, respondió con decisión:

—No quiero nada. Este bolso no lo daría yo, ni por un millón de pesetas.

—Con que ni por un millón, verdad? —replicó don Zenón—. ¿Y por veinte duros, lo darías?

—Por veinte duros, sí —respondió el limpia, a quien la perspectiva de ganarse veinte duros le era mucho más risueña que no la de ver a la dama, que después de todo se contentaba con darle un par de pesetas de propina.

Pepe, al ver que el limpia aceptaba inmediatamente el ofrecimiento, le dijo burlonamente:

—Pues, no decías que no lo darías ni por un millón?

El limpia, que demostraba ser más práctico de lo que parecía, respondió riendo:

—Es que los millones siempre son imaginarios y los veinte duros serán auténticos... Con que, trato hecho.

—Pero me lo entregas ahora mismo —le exigió don Zenón.

—Al minuto, como los retratos —

replicó el limpia, entregándole el bolso con las tarjetas.

Don Zenón, cuando lo tuvo en su poder le entregó la cantidad ofrecida y mientras que él examinaba las tarjetas, Pepe se acercó al limpia y le dijo en voz baja:

—¿Has visto?

—Primo de cuerpo entero —respondió el limpia refiriéndose a don Zenón.

Don Zenón, que había sacado una tarjeta del bolso de la cliente, leyó lo que en ella decía, exclamando:

—¿Qué querrá decir esto de Fina, Star colectiva?

—Pues está bien claro —respondió Pepe—. Eso quiere decir «señorita de conjunto». ¿Dónde vive?

Don Zenón leyó la dirección que indicaba la tarjeta, diciendo:

—Vive en Maestro Guerrero, 6 y 8 bis... ¡Qué número más raro!

—Claro —respondió Pepe, sin extrañarse—. No te extrañe que diga «bis», ¿no ves que el número es del maestro Guerrero?

—¿Y dónde está esa calle? —inquirió don Zenón, que ni siquiera tenía referencia de la situación de la mencionada vía urbana.

—Espérate, que eso es cuestión de poca monta... Ahora mismo lo veré en la guía.

Cogió una guía de la población y fué buscando la calle del maestro

Guerrero. Siguiendo el orden alfabético de la letra inicial de la calle, fué pasando hojas murmurando entre dientes:

—G... g... g... g...

Don Zenón le preguntó:

—¿De qué te ries?

—No me río, hombre —respondió Pepe—. Es que busco la inicial G, Guerrero.

—Bueno, pues mientras la encuentras, o no —le dijo don Zenón— yo te dejo. Voy a buscar la calle por mí mismo.

Pepe soltó inmediatamente la guía y se cogió del brazo de su amigo, diciéndole:

—Tú sí me dejarás, pero yo no te dejo a ti. Yo te sigo donde tú vayas.

—Es que yo voy a verla —exclamó don Zenón.

—¿Y eso qué importa, para que yo te acompañe? —insistió Pepe.

—¿Que me vas a acompañar? —preguntó don Zenón, temiendo que no podría deshacerse de su amigo.

—Claro que sí —volvió a decirle Pepe—. Yo te sigo, desde ahora, como la soga al caldero.

—Pero si yo no te necesito —insistió don Zenón para que le dejara marchar solo.

—Ya lo creo que me necesitas. ¿Qué hubieras hecho tú para averiguar el domicilio de esa individua si no me hubiera ocurrido a mí, que viniéramos a preguntar aquí? Yo soy, desde ahora, tu apéndice, tu otro yo... Vamos, que se nos va a hacer tarde.

Y cogiendo a su amigo por el brazo se lo llevó hasta la calle, preguntándole:

—¿Llamo a un taxi?

Don Zenón comprendió que era inútil cuanto hiciera para poder deshacerse de aquel individuo, que se había pegado a él como si fuera una lapa y resignándose a su compañía, respondió:

—Bueno, haz lo que quieras.

Pepe esperó a que pasase un taxi vacío y en cuanto lo vió, le hizo señal para que parase, abrió la portezuela, metió dentro a don Zenón y le ordenó al taxista:

—¡Chofer, Guerrero, 6 y 8!

EN CASA DE FIFINA

Fifina era una futura lumbre del escenario, una estrella en ciernes, que esperaba el estreno de una revista para que su nombre apareciera en grandes letras luminosas. Pero lo cierto era que entre tanto que se estrenaba la revista, la pobre chica estaba pasando una situación un tanto delicada. Sus gastos eran muchos... Sus ingresos eran pocos... Ella era una chica honesta... En fin, que le hacía más falta un billete de cien, que la vista a un ciego.

Poseía Fifina como único capital un cuerpo armonioso, unas líneas que atolondraban y una carita de picaruela que hacía perder el sentido. Pero como por este capital no dan intereses en los Bancos, Fifina se veía en aquellos días en un apuro

financiero, del que no veía medio de salir.

Don Zenón y Pepe, después de unos cuantos minutos de carrera taxista llegaron al número 6 y 8 bis de la calle del Maestro Guerrero, entraron en una casita moderna y subieron a un principal, que era donde vivía Fifina.

Cuando entraron al piso pudieron comprobar que aquella mujer no dejaba de tener cierto gusto en su vivienda. Se respiraba allí el gusto artístico de la dueña y a don Zenón le latía el corazón con más rapidez que al taxímetro que los había llevado...

—¿Qué diría Fifina cuando saliera?... ¿Cómo estaría vestida?

Don Zenón se la concebía salien-

do con un vaporoso pijama por el cual se pudiese traslucir las formas de su cuerpo, y al pensar en ello, hasta las piernas le temblaban pensando en las pantorrillas que había visto y que eran como un prólogo del resto del cuerpo de Fifina.

Por fin vino al hall, no Fifina, sino su doncella, una doncellita, como para ser infiel al ama, en caso de que aquella lo permitiese. Pepe le echó una ojeada a la doncella y en seguida pensó que si los encantos del ama podían juzgarse por los de la doncella aquella, debía ser una mujer enloquecedora.

La muchacha al ver a aquellos dos desconocidos, les preguntó:

—¿Qué desean ustedes?

—Parlamentar unos breves instantes con la señorita Fifina—respondió Pepe.

—¿Son ustedes conocidos?—preguntó otra vez la chica.

—No—respondió don Zenón, entregándole un billetito de cinco dólares—, pero nos va a conocer en cuanto nos vea.

La muchacha sonrió por la propina y sin reserva ya, los hizo pasar, diciéndoles:

—Pues, la señorita no está en casa.

—¡Qué lástima!—murmuró don Zenón.

—Más lo va a sentir ella—le di-

jo la doncella, dándose cuenta de que aquél tenía que ser un tío de dinero—. Venir a verla un caballero de precio y no estar aquí...

—¿Cómo de precio?—preguntó extrañado don Zenón—. ¿Querrás decir de peso?

La doncella sonrió maliciosamente y le respondió:

—Yo sé lo que me digo y me comprendo. Pues poca falta que le está haciendo a ella una boyá como usted.

—¿Una boyá?—volvió a preguntar don Zenón, que no comprendía el lenguaje de aquella muchacha.

—Claro que sí—repitió la doncella—. Uno boyá que la salve de encollar en un bajo. Porque supongo que usted no habrá venido a contratarla, sino a contratarse.

Y dirigiéndose a Pepe le preguntó burlonamente:

—¿Verdad que aquí el castigador es un trasatlántico?

Pepe, que comprendió en seguida que aquella muchacha tenía más letra menuda que un abecedario, no quiso quedarse atrás y le respondió con igual jacarandosería:

—El señor es un acorazado y un servidor un bergantín.

—Por Dios—exclamó la muchacha ante la insistente mirada de Pepe—, no me mire usted que me aza-

ro... Yo soy una infeliz canoa que zozobra.

—Pues, si quieres—volvió a decirle Pepe en el mismo tono—, yo te pongo a flote.

A don Zenón ya le fastidiaba todo aquel diálogo entre Pepe y la doncella, del que no entendía una palabra y llamó la atención de su amigo, diciéndole:

—¿Quieres hacerme el favor de dejar los términos marítimos? Y dirigiéndose a la doncella le preguntó: —¿Cuándo podré verla?

—No se lo puedo decir con certeza. Se pasa la vida en el agua y la pobre está ahora con el agua al cuello... Se está bañando.

—Pues, esperaré a que se seque —exclamó don Zenón, dispuesto a no salir de la casa hasta después de haber hablado con Fifina.

—No, si no está aquí. Ya se lo he dicho a ustedes antes. Está en la piscina. Es una gran nadadora.

—¡Ah! ¿Sí?—exclamó don Zenón.

—Ya lo creo—siguió diciendo la doncella—. En la revista que ahora están ensayando, tendrá un gran éxito... Representa a Anfitrite, la diosa de las aguas.

Don Zenón, al ver la elocuencia de aquella muchacha, quiso saber de antemano, cómo le sentaría a su

señora que fuera él a buscarla y le preguntó confidencialmente:

—Tú crees que me recibiría bien?

—¡Cómo que es usted para ella un salvamento de naufragos, ya verá usted si le recibirá bien, o no.

Don Zenón, dispuesto a volver otra vez y cien era preciso para poder hablar con aquella mujer, le dijo a la doncella, disponiéndose a marchar:

—Pues, tú, puedes hablarle, decirle que yo he estado aquí y que volveré.

Pero la doncella, temiendo que su ama pudiera perder aquella ocasión de nivelar en lo posible su déficit económico, le dijo:

—Lo que usted debe hacer es ir a verla ahora mismo en su elemento... A la piscina... Y sabe usted que el que da primero da dos veces...

Don Zenón se volvió hacia su amigo y le preguntó:

—¿Tú sabes dónde está la piscina?

—Claro que sí, hombre—respondió Pepe—. Yo lo sé todo.

—Pues guíe usted mismo al señor—le dijo la doncella.

—Claro que lo guío y lo conduzco, pero en cuanto llegue y lo deje, vuelvo yo y te calafateo...

—¡Ay, qué gracioso!—exclamó

la doncella—. A esta embarcación no se llega sin un práctico.

Pepe no pudo contestarle, porque don Zenón, tirándole de la americana lo sacó fuera, diciéndole:

—Déjate de tonterías y vamos a lo nuestro. Ya has oído lo que ha dicho esa muchacha, que el que llega primero pega dos veces...

Salieron a la calle y volvieron a tomar un taxi, para que los condujera a la piscina, donde estaba Fifina, quien en aquellos momentos lo que menos podía esperar es que la estuviera buscando un individuo con el dinero de don Zenón. Este, a medida que pasaba el tiempo sentía mayores deseos de entrevistarse con aquella mujer, que de tan improviso se había cruzado en su vida para alterarla. Entre las muchas conquistas que don Zenón había hecho desde que poseía dinero, ninguna le había interesado tanto como aquella de Fifina y habría dado cuanto tenía por conseguir el amor de aquella mujer, aun cuando para ello tuviera que volver nuevamente a su antigua profesión de limpiabotas.

Al cabo de un rato llegaron a la piscina pública y don Zenón, acompañado de su inseparable amigo se dirigió hacia el departamento de mujeres. Ya iba a entrar cuando Pepe lo detuvo, diciéndole:

—Quieto. Mira, lee lo que dice en ese cartel:

Don Zenón leyó el cartel que le indicaba su amigo en el que decía:

«Se prohíbe la entrada de caballeros, sin ir acompañados de señoras.»

—¿Qué hacemos? — preguntó don Zenón, sin saber cómo salir de aquel atolladero.

—Pues, no hay más que una solución.

—¿Cuál? — preguntó rápidamente el enamorado don Zenón.

—Pues, buscar a una mujer que entre contigo.

Don Zenón miró asombrado a su amigo y exclamó:

—Pero, hombre, cómo voy a traer una mujer si a lo que vengo es a por ella.

—Pues no tienes otra solución —insistió Pepe.

—Además—le dijo don Zenón.

—¿De dónde sacó yo ahora una mujer?

—De cualquier parte—le dijo su amigo—. Piensa que hay mujeres para todo... En la calle encontrarás alguna que acceda.

—Pero yo no me atrevo a llamar a ninguna... Búscamelas tú... Para algo has venido conmigo.

Pepe, dispuesto a servir a su ami-

go en todo lo que necesitase, se avino a su deseo y salió del establecimiento para ver si lograba encontrar la mujer que quisiera acompañar a Zenón hasta la piscina.

Mientras tanto, éste, vió pasar al gerente de la piscina y se acercó a él, preguntándole amablemente:

—Perdone usted, venía a visitar la piscina, pero he visto el cartel y...

—¿Viene usted a bañarse?—preguntó el gerente.

—No, señor, de ninguna forma —protestó don Zenón, como si le hubieran ofendido—. Yo no me baño... Padezco de reuma.....

—Entonces, ¿viene usted a lavarse?—le preguntó burlonamente el gerente.

Don Zenón creyó que lo mejor era ponerse de acuerdo con el gerente y en tono confidencial, le dijo:

Le voy a ser franco... Vengo a ver a una bañista.

El gerente se le quedó mirando fijamente como extrañado de la frescura de aquel hombre que en sus propias narices venía a decirle el objeto de su deseo de entrar en la piscinia y que era precisamente lo que él quería evitar con aquella prohibición que figuraba en el cartel. Por lo mismo, con toda la sequedad posible, le respondió:

—Perdone usted, pero aquí no se viene a ver a nadie, aquí se viene a bañarse y nada más.

Después de un corto silencio, le picó la curiosidad al gerente y le preguntó:

—¿Y a quién quiere usted ver?

—Es a una artista, a una gran nadadora.

—¿Una gran nadadora?—preguntó el gerente más curioso todavía.

—Sí—siguió diciéndole don Zenón—. Es una compeona, nada menos.

El gerente dudó un poco, pero al fin reafirmóse en su decisión y volvió a decirle:

—Nada.

—Sí, señor, que nada, ya le he dicho que es campeona—respondió don Zenón.

—No me entiende usted—repuso el gerente—. He querido decirle, que nada, que no la puede usted ver.

Don Zenón comprendió que no habría manera de convencer a aquel hombre y dispuesto a ver a Fifina de alguna forma, le preguntó:

—¿Ni puedo esperarla a la salida?

El gerente se encogió de hombros y le dijo:

—Fuera del establecimiento no tengo jurisdicción y puede usted y

ellas hacer lo que mejor les parezca, pero aquí, no la ve usted, como no sea pasado por agua.

Pero don Zenón era un hombre que a los grandes males ponía grandes remedios y el remedio en aquel caso no era otro que el tenerse que bañar. Claro está que esto significaba para él un verdadero sacrificio, pero acordarse del refrán de que el que algo quiere, algo le cuesta, adoptó una resolución heroica y exclamó:

—Bien, me resigno... Me bañaré, aunque me enferme.

Echó a andar decidido, pero el gerente lo detuvo preguntándole:

—¿Dónde va usted?

—A la piscina, a bañarme.

—¿Solo?—inquirió el gerente.

Don Zenón sonrió bonachonamente y le respondió:

—No se asuste, no haré ninguna temeridad.

—No, si no es eso lo que me importa. He querido decirle que tiene usted que venir acompañado de una señora.

Don Zenón sentía que la paciencia se le acababa y con una sonrisa burlona le respondió:

—Está bien, comprendido... Me acompañará una primita, pero una vez dentro iré a buscar a la nadadora y mi primita que se quede en seco.

El gerente, que no era tampoco un hombre que se distingue por su carácter moralista, comprendió las intenciones de don Zenón y suavizando su tono, le dijo algo más aablemente:

—Estoy viendo que es usted un calaverón.

Don Zenón sonrió pícaramente y respondió:

—Se hace lo que se puede.

—Bueno, voy a ver el medio de complacerle... ¿Quién es ella?

—Se llama Fifina.

—¿Fifina?—exclamó el gerente mirándolo en forma iracunda—. ¿Ha dicho usted Fifina?

—La misma—insitió don Zenón.

—Vengo en busca de Fifina.

—Pues, voy a advertirle una cosa y le aconsejo que no lo olvide.

—Pondre todo mi cuidado en ello—respondió don Zenón, al ver que el gerente parecía más humanizado.

—Pues he aquí mi advertencia. Fifina es cosa mía.

Don Zenón, que tenía el convenimiento de que con sus billetes no habría Fifina que se le resistiese, le respondió burlonamente:

—Eso será, hasta que yo le hable.

Pero, es que yo procuraré que no pueda hacerlo.

—Pues, a pesar de ello, lo haré

—insistió con gran energía don Zenón—. Usted me impedirá que la hable en tierra, pero lo que es en el agua, eso no me lo impide ni el mismo ministro de marina.

—Ya lo veremos—repuso el gerente sin acobardarse por el tono enérgico del que había resultado su rival.

—Y claro que lo veremos.

El gerente se fué para dar las órdenes con el fin de que vigilasen a aquel individuo y no le permitiesen la entrada solo en la piscina, mientras que don Zenón esperaba el regreso de Pepe, que ya debía estar de vuelta.

Sin embargo, pasaba el tiempo, se consumía la paciencia de don Zenón y Pepe no volvía. El pobre hombre daba paseos como un león enjaulado cuando al fin apareció Pepe acompañado de una muchacha.

—¡Gracias a Dios!—exclamó don Zenón cuando lo vió acercarse.

Pepe, sin hacer caso a la exclamación de su amigo, le dijo a la muchacha que le acompañaba, la cual vendía décimos de lotería:

—Mira, éste es el señor que te decía:

Don Zenón, con el apresuramiento propio de su impaciencia por entrar en cuanto antes a la piscina, olvidó la tardanza de Pepe y le dijo a la billetera:

—Tú eres la que me vas a acompañar a entrar a la piscina?

La billetera, a quien Pepe no le había advertido el por qué de aquella llamada, se quedó mirando a don Zenón y le respondió, al fin, de malos modos:

—Pero, qué es lo que está usted diciendo?

—¿Que si quieras entrar conmigo a la piscina?—volvió a decirle don Zenón.

—Vaya una broma más tonta—respondió la billetera.

—Te advierto que no es ninguna broma—le dijo don Zenón—es puramente la verdad.

La billetera, creyendo que la habían tomado por otra cualquiera, lo miró despectivamente y le dijo:

—Usted ha tomado el número cambiado, amigo mío... Vaya usted a paseo.

Y volviéndole la espalda se puso a vocear los números que llevaba, diciendo:

—¿A quién le tocará el gordo?

—¡A tí!—le dijo don Zenón, que no estaba dispuesto que aquella muchacha se le escapase y con ella la ocasión de entrar a la piscina.

—¿A mí?—respondió con sorpresa la billetera—. A mí no me va a tocar ni siquiera una aproximación.

Don Zenón pretendió explicarle el motivo de aquel deseo suyo de

que le acompañase hasta dentro de la piscina y le dijo:

—Escúchame, mujer. La cosa no tiene importancia. Yo necesito entrar ahí, no dejan entrar a hombres solos y quiero que entres conmigo. Una vez dentro, me esperas, salimos y ¡tal día hace un año!... ¿Cuánto quieres por este trabajo?

—Yo no acepto más dinero que el que me ganó con mi trabajo—respondió la billetera—. Busque usted a otra que se avenga a ello.

—Bueno—le dijo don Zenón—. Figúrate que has entrado a vender billetes y que los has vendido todos...

—Pero, como no es así...

—Pero, como yo me los quedaría todos—le dijo don Zenón.

—Mire usted que llevo las tres series completas.

—Aunque llevaras toda la emisión—le dijo don Zenón—. Todos los que llevas me los quedo si entras conmigo.

El negocio no podía ser más redondo, y puesto que, además, lo que pretendía don Zenón era únicamente que entrase con él, la billetera no dudó más y pensando que aquel tío tenía que ser un chiflado, le dijo:

—Pues, ahí van, venga el dinero.

Don Zenón dudó de la honorabilidad de la billetera y para estar

seguro de que no se podría negar, le dijo:

—El dinero te lo daré en cuanto estemos dentro.

—Pues, entonces, entro—exclamó la billetera.

—Y ya verás cómo te sale bien—terminó diciéndole don Zenón.

La billetera se volvió hacia Pepe, que esperaba que se pusiesen de acuerdo y le dijo en voz baja:

—No entiendo qué combinación se trae este tío...

—Tú, déjalo y síguelo... ¿No ves que es un chalao?

Acompañados de la billetera pudieron, por fin, entrar en la piscina. Dentro del agua y por los alrededores de ella había varias mujeres, a cual más estupenda.

Don Zenón se las quedó mirando y sin descubrir todavía a Fifina, le dijo a su amigo:

—Entre estas mujeres está ella.

Pepe se quedó mirando a las que se bañaban, mientras le decía a su amigo:

—¡Pues, a ver si la pescas!

La billetera, a quien le importaba poco todas aquellas combinaciones, se acercó a don Zenón y le dijo:

—Bueno, y de lo nuestro... ¿qué?

Don Zenón se echó mano a la cartera, sacó un puñado de billetes

y se los ofreció a la billetera, diciéndole:

—Toma el dinero.

—Pero, si no sabe usted lo que valen los billetes—exclamó sorprendida la billetera.

—Haz tú misma la cuenta—le dijo él—. Si te sobra dinero te lo quedaras de propina y si te falta, luego me lo dirás... Ya puedes entrar en ese cuarto y quedarte ahí todo el tiempo que quieras.

La billetera se fué hacia el cuarto que le había indicado don Zenón, pero antes de llegar a él se volvió y le dijo:

—Bueno, pero tome usted los billetes.

Don Zenón recogió todo el puñado de billetes de lotería y su amigo, le dijo bromeando:

—¡Estaría bueno que encima te tocara la lotería!

—Calla, hombre—respondió con indiferencia y seguro de lo que decía—. Si la lotería no toca nunca... Anda, véte por ahí.

—¿No me necesitas por ahora?

—No, ya me arreglaré yo sólo—le respondió don Zenón.

Pepe, que no quería perder de vista a su amigo, puesto que comprendía que a un hombre enamorado es al que más fácilmente puede sacárselle dinero, le dijo:

—Mira que llevar un secretario, da mucho lustre.

—Sí—respondió don Zenón—, y si es como tú, da mucho más, porque tú das lustre y crema...

—No puedes imaginarte las ganas que tengo de soltar los cepillos... El día que me toque la lotería los quemaré todos.

Don Zenón, que como ya hemos visto, creía en todo menos en la posibilidad de que pudiera tocar la lotería, quiso gastarle una broma a su amigo y le entregó todos los billetes que había comprado, diciéndole:

—Pues, anda, te regalo el billete, a ver si te toca a ti.

—¿Las tres series?—preguntó extrañado Pepe.

—Las tres—confirmó don Zenón.

Pepe dudaba de tanta prodigalidad, temía que pudiera quitárselo en el caso de salir premiado y le preguntó:

—¿No me reclamarás si me toca la lotería?

—De ningún modo. Si pensase que iba a tocarte, no te lo regalaría.

—Pues, gracias, así y todo. Adiós, generoso.

Don Zenón deseaba, por una parte, que aquel individuo se fuese, pero, por otra, comprendía que le

hacía falta como auxiliar y le dijo:

—No te vayas muy lejos, por si te necesito.

Mientras Pepe se alejaba, don Zenón miró por todas partes buscando a Fifina, hasta que, finalmen-

te, al no verla, se dijo desilusionado:

—No está aquí... ¿Se habrá marchado ya?... Claro, con tantos inconvenientes que ha habido ya se habrá marchado...

ANFITRITE

Mientras don Zenón iba de un lado a otro buscando su dulce tormento, las nadadoras evolucionaban por la piscina preparándose para el ensayo del cuadro que habían de representar en la próxima revista.

Se trataba de una revista que el gerente del balneario había concebido, una revista montada con todo lujo, como pocas se habían visto. Sus cuadros habían de resultar de una visión esplendente y ya todo estaba preparado para estrenarla, sin que hiciera falta nada más que una cosa: el que diera el dinero para los trajes, decorados y demás gastos que lleva consigo el montaje de una revista.

Al cabo de un rato se presentó

el gerente y gritó a las muchachas, que estaban evolucionando:

—A ver, niñas, a repetir la evolución de la pantomima... ¿Os acordáis bien? Las ondinas esperan la llegada de Anfitrite, la diosa del mar, la esposa de Neptuno.

Después de aquella pequeña explicación volvió a decirles, para que ejecutasesen los movimientos:

—Venga, ahora, a evolucionar, que se vea que sois campeonas de natación.

Todas las muchachas empezaron a hacer las evoluciones que les había enseñado el gerente y éste, al ver que algunas de ellas no evolucionaban, les preguntó:

—¿Qué haces tú ahí parada?

DALE DE BETUN

—Nada—respondió la muchacha.

—Pues, eso es lo que hay que hacer, nadar, con que ya lo sabes...

—Es que me dan calambres—protestó la joven.

Pero el gerente, que no estaba de humor para que le vinieran con excusas de ninguna clase, le contestó:

—Aquí no valen calambres.

Todas las muchachas, a las órdenes del gerente, fueron haciendo evoluciones sobre el agua, hasta que de pronto el mismo gerente les avisó:

—¡Todas en fila!... Llega Anfitrite.

Las nadadoras siguieron la orden del gerente y cuando estuvieron en fila éste siguió explicándoles:

—La diosa llega de la tierra, la persigue el sátiro, pero ella entra en el reino del agua. Se zambulle, el sátiro intenta seguirla, pero no puede, porque no sabe nadar... ¡Atención!... ¡Anfitrite llega!

Y, en efecto, en aquel instante apareció Anfitrite, que era la propia Fifina. La joven venía vestida con un traje que a penas le cubría la parte más delicada del cuerpo y dejaba al descubierto la belleza de sus formas esculturales.

Al verla llegar todas exclamaron a una:

—¡Anfitrite!

Detrás de ella venía persiguiéndola don Zenón. La había visto, por fin y le seguía, a pesar de las protestas de la joven, que inútilmente pretendía librarse de él.

Las muchachas, al ver a un hombre detrás de Fifina, gritaron también, creyendo que tomaba parte en la revista:

—¡El sátiro!

Fifina se tiró al agua y don Zenón, ni corto ni perezoso, se lanzó tras ella, hasta colocarse a su lado, mientras que la muchacha le decía:

—Caballero, ¿quién es usted?

Don Zenón, siguiendo lo que él creía una broma de las demás bañistas, le respondió riendo:

—Soy el sátiro.

El gerente, al ver al individuo que antes le había pedido entrar para hablar con Fifina, le dijo indignado:

—¡Salga usted!

Don Zenón, acordándose de lo que había hablado con el gerente, se negó a salir de la piscina, diciéndole:

—¿No me dijo que no podría hablar con ella en tierra? Pues, ya estoy en el agua.

Pepe, mientras tanto, se había dedicado a perseguir a todas las bañistas que llegaban y estaba formando una bronca de tal magnitud, que

uno de los bañeros fué en busca de don Zenón y le dijo:

—Señor, vengo a buscarle. Su secretario está armando un escándalo monumental. Venga usted...

—Ahora no puedo... Echale usted, si quiere—respondió don Zenón.

El gerente, al ver que aquel individuo tomaba la piscina como cosa suya, no vió otra forma de hacerle salir, que terminar el ensayo, y por lo mismo les dijo a las muchachas:

—Todas a vestirse—y dirigiéndose a don Zenón, le dijo: —Cuando salga usted del agua ya hablaremos despació.

Pero don Zenón, ni siquiera le oía. No tenía ojos más que para admirar el cuerpo escultural de Fifina y le decía:

—Escúcheme, por favor.

—Ya le he dicho que no quiero saber nada—respondió Fifina, impaciente.

—Pero debe usted escucharme antes—insistió don Zenón—. Soy inventor, rico, soltero... Estoy loco por usted, y si usted no me acepta me zambullo dentro de esta piscina y me muero.

—Ya le he dicho que me importa poco todo lo que a usted se refiera—volvió a decirle la joven, que no podía soportar por más tiempo

la pelma que le estaba dando aquel hombre.

Pero don Zenón, terco en su manía y en el amor que en él había despertado Fifina, no cejaba en su empeño y le dijo nuevamente:

—Salmamos del agua, vamos a secarnos y hablaremos.

Fifina llegó al convencimiento de que si no le dejaba hablar no habría modo de librarse de la persecución de aquel individuo y le dijo finalmente:

—Bueno, terminemos de una vez. Salmamos del agua y dígame lo que tiene que decirme, que según usted parece muy importante.

—No es preciso salir—le dijo don Zenón—. En pocas palabras la pondré a usted al corriente. Yo tengo aquí la cartera llena de billetes para que usted cambie todas esas lentejuelas en perlas auténticas y en corales legítimos. Tendrá usted lo que quiera.

Fifina se dió cuenta de que aquel partido no era tan despreciable como ella había creído. Un hombre con dinero, tonto, enamorado de ella y que ella, además, no lo quería, no era una cosa que cayese todos los días. En cuanto supo aquello de la cartera llena de billetes, cambió su actitud por otra mucho más cariñosa y le dijo:

—Yo no quiero nada. Sólo deseo brillar en la pantalla.

—Pues, usted brillará en la pantalla—respondió don Zenón—. Yo tengo mucho quinqué y lo adivino. Será usted lo que quiera... Tengo dinero para hacer de usted lo que se le antoje.

—¿ Me hará usted Star ?

—Una star, una browning, una ametralladora, todo lo que usted quiera—le respondió.

Fifina hizo como que dudaba unos momentos. Al final sonrió insinuante y mientras que a don Zenón se le caía la baba de contento, le dijo, dándole un cariñoso cachete:

—Bueno, acepto... Será usted mi menager.

Don Zenón, al verse tratado de aquella forma tan cariñosa, sintió que por todo el cuerpo recorría un escalofrío y no precisamente por la temperatura baja del agua, sino por la del calor que sentía dentro de las venas y le dijo melosamente:

—Es usted una mujer que quita la cabeza... Estoy decidido a todo por usted. Será usted mía... Salmamos de aquí.

Pero, el que estaba decidido a todo y el que también estaba dispuesto a quitarle la cabeza, era el gerente, que esperaba que saliese de la piscina para enredarse a pu-

ñetazos con el individuo que quería robarle a su estrella.

En cuanto salieron de la piscina, el gerente lo cogió por las solapas y le dijo:

—Usted y yo tenemos que hablar, amigo.

Fifina, ante el temor de que el gerente pudiera echar a perder la combinación que se le había ocurrido a ella, se lo llevó a parte y de forma que no lo pudiera oír don Zenón, le dijo:

—No sea usted imbécil, hombre.

—¡Imbécil! ¡Por qué me niego a que ese hombre!...

—Ese hombre es nuestra salvación—le atajó Fifina.

Y ante la cara de expectación que puso el gerente la muchacha le explicó:

Es un tío que tiene más dinero que un Rajá. Ya tenemos empresario para la revista y un financiero para la película.

Mientras ellos hablaban las demás coristas habían rodeado a don Zenón y éste, entusiasmado ante ellas, hacía alardes de su riqueza, diciéndoles:

—¡ Yo soy el rey de la Crema!... ¡Tengo dinero para todos! Repartiros estos billetes y podéis ir esta noche al restaurant más caro que encontréis...

Sacó su cartera, extrajo de ella

todos los billetes que llevaba y los repartió entre las muchachas, que se abalanzaron sobre él para coger el dinero.

Fifina, que vió lo que estaba haciendo, se acercó a don Zenón y le dijo:

—Y para mí, ¿no queda un billetito?

Don Zenón la miró amorosamente y le respondió con su natural farronería:

—¿Para ti? La Casa de la Moneda se va a pasar cinco años acuñando monedas de cinco duros...

Y después de aquello siguió repartiendo el dinero hasta que, finalmente, les dijo:

—Dejadme un duro para un taxi.

Y entre los gritos de las coristas se despidió de Fifina, que después ya a perder aquella especie de Raja, le preguntó:

—¿Dónde vas?

—A mudarme de ropa—le dijo don Zenón—y de paso a llenar la cartera. A las cinco te encontrarás en la casa X y podrás escoger el traje más elegante que encuentres para ir esta noche al restaurant.

Y lanzando un ¡Viva Anfítrite!, desapareció de entre ellas, mientras que las coristas exclamaban:

—¡Viva el anfitrión!

Cuando don Zenón salió del balneario tomó el primer taxi que pasó y se fué a su casa para mudarse de ropa. Comprendía que con aquella facha y calado hasta luego no podía ir a ningún sitio donde hubiera personas decentes.

Por el camino imploraba a Dios y a todos los santos que su esposa no estuviera allí para de aquella forma evitarse explicaciones enojosas.

Pero, sus súplicas no fueron oídas y en cuanto entró en su casa se dió de cara con su media naranja, que al ver lo húmeda que estaba la otra media, le preguntó:

—¿Qué es eso?... ¿Cómo vienes?

—¿No lo ves?—respondió don Zenón, afectando una gran indignación—. Calado hasta los huesos.

UNA CENA COMERCIAL

La pobre mujer, sin poder comprender a qué se debía aquel remojón de su marido y menos aun su verdadera causa, continuó preguntándole:

—Pero, qué te ha ocurrido?

—Un horror!—exclamó don Zenón, sin abandonar la afectada indignación—. Figúrate que me dirigía yo a la fábrica cuando de repente un manguero que estaba regando la calle, me enfoca y...

—Y qué?—inquirió la señora Zenón.

—Pues, que me moja de arriba abajo. Fíjate la ducha callejera que me ha hecho tomar—siguió explicándole don Zenón, que sudaba materialmente para salir de aquel difícil paso.

—Y qué más?—volvió a preguntarle la señora de don Zenón.

—Yo, al verme mojado, increpo al manguero, éste me insulta, voy a él, el me apunta la manga, yo me quito la chaqueta, se me enreda una manga y con la manga colgando, le cojo la manga, él se coge a la mía, nos hacemos un lío con las mangas, mojamos a media humanidad que pasa por allí y acabamos en la Comisaría, hechos unas sopas los dos.

—¡Qué barbaridad!—exclamó la pobre mujer, sin dejar de mirar a su marido, que tiritaba como un perro de lanas recién salido del baño.

—Además, con esta humedad— continuó diciéndole don Zenón—o me da un reuma o me da una pulmonía.

—¿Y qué haces aquí parado—le reprendió cariñosamente su mujer. —Anda y entra en tu alcoba para mudarte de ropa.

—Sí, llevas razón, eso voy a hacer... Me pondré cualquier traje de calle.

—Yo te esperaré, hasta que estés vestido, para que me acompañes.

—¿Para qué te acompañe?— preguntó don Zenón. —¿Dónde quieres que te acompañe?

—A casa del veterinario!

—¿Estás enferma?

—No seas bruto—le dijo su mujer—. La que está enferma es la pobre Lili.

—¿Y para eso quieres que vaya

yo a casa del veterinario. Ves tú sola.

—No—insistió su mujer—es mejor que vengas con nosotras. Así, de paso que ve a Lili, tal vez te recomiende algo para ti, y te eviten un resfriado.

—Pero, mujer—exclamó don Zenón desesperado—, eso es querer que pase una tarde de perros... Ves tú sola. Yo, en cuanto me vista, me voy.

—¿Que te vas?... ¿Dónde?— preguntó don Zenón.

—Tengo que ver a un sujeto que me ha hecho un pedido de crema para el Congo.

Su mujer no pudo menos que demostrarle su extrañeza, y le dijo:

—¿Para los negros?... Si van descalzos... ¿Para qué quieren la crema?

Don Zenón veía que cada vez se estaba metiendo en atolladero mayor. No sabía cómo salir airoso de aquel lío que se había inventado, pero antes de que su mujer lo cogiera en un renuncio, respondió con una frescura maravillosa:

—Para untarla en el pan. Allí el betún se usa como mantequilla... Lo toman en la merienda.

La pobre señora, que después de todo era más inocente que un merengue, hasta se llegó a creer lo que



Seduced by the beauty
of that woman...



—¿Es usted un casti-
gador?



- Poca falta que le
está haciendo una
boyta como usted.



- Quíteme usted el
barro.



- Esta mujer
le acompañará.



- Gracias a haber sido lim-
piabotas, inventé la crema.



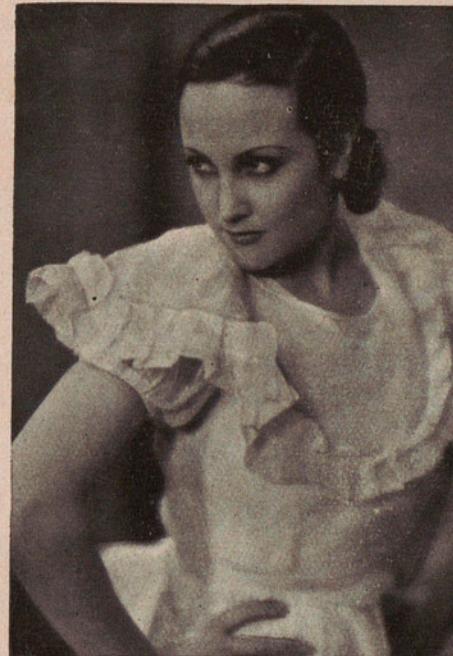
- Te los regalo.



Fifina, Star colectiva.



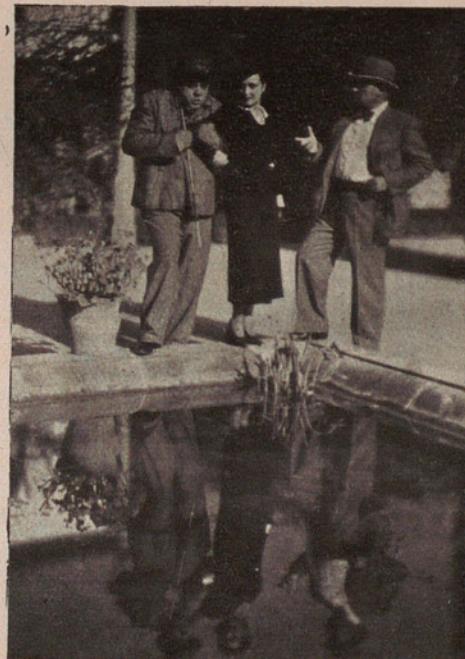
- Voy a mudarme.



Fifina estaba encantadora.



- Pepe, había armado
una juerga imponente.



Fifina se apoderó de
la voluntad de aquel
hombre.



- Como tú quieras
te haces el ama.



- ¡Trato hecho!



-Veo brillar la
traición.



-¡Si tuviese, al menos
que estar a los pies
de aquella mujer!

su marido le decía y exclamó asombrada:

—¡Qué cosa más rara!... ¡Comer pan con betún!... ¿Qué país es ese?

—Bah, no te preocupes... Aquejillo es una merienda de negros... Pero no tengo más remedio que ver a ese señor.

—¿Y te vas a llevar el coche?—le preguntó ella.

—No—respondió él—. Iré a pie.

—Entonces me lo llevo yo—le dijo su mujer—. Así me evitaré que pueda ocurrirme algo parecido a lo que te ha sucedido a ti.

—Haces bien. Es una precaución que no está mal.

—Pero, prométeme que no vendrás tarde a cenar—le dijo su mujer.

—No puedo, no sé lo qué tardará la entrevista con ese señor. De todas formas ya te avisaré.

Y sin esperar a más se encerró en su habitación, para cambiarse de ropa y dar tiempo a la vez a que su mujer se fuera de la casa.

Unas horas después, don Zenón, vestido como si fuera a casarse, salía de su casa más estirado que un duro en casa de pobre y la calle le parecía estrecha para albergar toda la alegría que llevaba dentro de él.

El pensar que se iba a encontrar con aquella deliciosa mujer que le había absorvido el seso y por quien

estaba dispuesto cometer las mayores locuras.

Tal y como le había dicho se fué a casa de «X», donde encontró a Fifina eligiendo varios vestidos. La muchacha, para demostrarle su simpatía y la confianza que ya tenía con él, no se había contentado con elegir uno. Pensó que aquello podría tomárselo como una falta de amistad y decidió que don Zenón se disgustase por su cortedad.

Cuando llegó don Zenón y la vió que había acudido tan puntual a la cita, pensó que todo aquel establecimiento era poco para lo que se merecía Fifina. La muy tunante, en cuanto entró él se le acercó mimosa y echándole un bracito por el hombro, le dijo:

—Hace mucho que te esperaba, cielín mío.

Don Zenón, no supo ni qué responder ante la emoción que le producía aquel amor de Fifina, y ésta volvió a decirle:

—No he querido comprar ningún vestido hasta que tú estés aquí... Quiero que sean a gusto tuyo.

Don Zenón adoptó un aire de gran seriedad y respondió:

—De ninguna forma... Has de ser tú la que escojas los vestidos... Yo quiero hacer siempre lo que a tí se te ocurra.

Aquello le valió a don Zenón un

pellizco cariñoso, pero tan cariñoso, que estuvo a punto de lanzar un grito de dolor.

Inmediatamente fueron eligiendo los vestidos que Fifina había escogido anteriormente, y el dueño del establecimiento, ante la cantidad de trajes que Fifina señalaba, no pudo menos que exclamar algo extrañado:

—¿Todos?

—Sí, todos—respondió don Zenón.

—Como diga—respondió el dueño del establecimiento, pensando en su interior de que aquel hombre era mucho más primo de lo que parecía a primera vista.

Lo que verdaderamente sorprendió a don Zenón fué el ver que su amigo Pepe entraba en la tienda donde él estaba. Se lo suponía loco buscándolo por el balneario, pero nunca allí. Por lo mismo, sin ocultar la extrañeza de ello, le preguntó:

—¿Tú aquí?

—Sí, ¿por qué no?—respondió el otro con la mayor naturalidad del mundo.

El dueño del establecimiento, que había advertido que aquel individuo había estado siguiendo a don Zenón, le dijo, calladamente:

—¿Quién es ese tipo que le sigue?

—Es un excéntrico—le respondió don Zenón, no queriendo decir

que tenía un amigo que era un vulgar betunero. Un millonario extravagante que se burla de la sociedad, vistiendo pobemente y hasta en ocasiones ejerciendo de los más humildes oficios... Ahora le ha dado por fingirse limpiabotas.

—¿Y no lo es?

—¡Qué va a ser!—exclamó don Zenón—. No le digo que es un millonario, un hombre de sociedad, de la más alta sociedad...

Salieron de la casa de modas seguidos de Pepe, y al llegar al restaurante donde también habían acudido todas las coristas y el propio gerente del balneario, el dueño del restaurant le hizo la misma pregunta respecto a Pepe.

Don Zenón, que no veía la forma de librarse de él, le dijo al dueño del restaurante lo mismo que le había dicho al propietario de la casa de modas, y terminó diciéndole:

—Instálele en un reservado y déle todo lo que quiera.

El dueño se acercó a Pepe y tratándolo con la mayor consideración posible, en la creencia que se trataba de un verdadero millonario, lo llevó a un reservado y lo dejó al cargo de un mozo, a quien le preguntó Pepe:

—Supongo que me servirán bien!

—El señor quedará satisfecho, no tenga la menor duda.

—De lo que tengo duda es de que me voy a aburrir como una ostra.

El mozo sonrió comprensivo, advinando el deseo de Pepe y le respondió:

—Si quiere, ahí fuera hay muchas chicas que estarán encantadas de tomar una copa de champán con usted.

—Pues, que entren... No faltaría más, dígales que entren.

El mozo salió a advertir a las muchachas y al cabo de una hora. Pepe había formado allí dentro una juerga que dejaba en paños menores al propio César.

Mientras tanto, don Zenón se había metido con Fifina en un reservado y hablaban de sus proyectos y de sus amores. Como hombre gallante la dejó a ella la iniciativa de la conversación y le dijo:

—Tú tienes la palabra.

—Bien—le respondió Fifina—. Hemos dicho que cinco mil mensuales, ¿verdad?

—Y la revista aparte—terminó diciendo don Zenón.

—Sí, y la revista aparte—siguió diciendo Fifina—. Claro está que se entiende también aparte el coche... el chalet... la modista... el perfumista...

—Todo lo que tú quieras, precio-

sa—respondió don Zenón, sin poderse dar una idea del capital que se necesitaba para todo aquello que la pequeña pedía como la cosa más natural del mundo.

—Además, financiar la revista.

—Ya te he dicho que sí—exclamó don Zenón.

—Claro—murmuró ella—, como es lo que más te conviene.

El la miró extrañado y Fifina le explicó sus palabras, diciéndole:

—Con la revista te vas a cobrar de todo y te va a salir gratis la vedette.

Don Zenón hizo un gesto de indiferencia y le respondió:

—Bah, el dinero no me importa... Además, que tú serás mi socia.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Fifina un poco amoscada.

—Pues, que irás a medias en los beneficios que haya.

La muchacha respiró algo más tranquila y con el deseo de apoderarse más aún de cuanto aquel individuo tenía, le propuso:

—¿Y por qué no simplificamos la sociedad?

—¿De qué forma?

—Pues, sencillamente, casándonos.

Don Zenón dió un salto sobre su asiento. En todo había pensado, menos en aquella petición, a todo po-

día acceder menos a lo que le pedía a última hora Fifina. Esta se dió cuenta del gesto de don Zenón y le dijo:

—¿Qué te ocurre?... ¿No te ha gustado la idea?

—De ninguna forma—respondió rotundamente don Zenón.

—Pero, ¿por qué?—preguntó algo extrañada la muchacha.

—Porque eso es imposible.

Fifina miró desconfiadamente a su amigo y le dijo:

—¿Eres casado?

—No.

—¡Entonces!...

—Es que el matrimonio no se ajusta a mis principios...

—Maldita política—exclamó Fifina, viendo que aquello sería lo único que no conseguiría de aquel hombre.

—Es que también la política nos separa—le dijo bromeando don Zenón—. Tú eres muy lista y yo soy muy tonto y la unión entre un socio tonto y una «socialista»...

Bueno, no hablemos más de eso—le interrumpió Fifina—. Quedamos de acuerdo en las condiciones.

—Completamente de acuerdo—respondió el enamorado fabricante de cremas.

—Pues esta es mi mano—volvió a decirle ella, ofreciéndosela—. Trato hecho.

—Trato hecho, sin necesidad de firmar ningún contrato.

—¿Y no pides ninguna garantía?—le preguntó ella maliciosamente.

—Lo único que pido es un anticipo—le dijo Don Zenón.

Demasiado sabía ella la clase de anticipo que él solicitaba, más así y todo se hizo la ingenua y mirándolo picarescamente, le preguntó:

—¿Qué clase de anticipo?

El se acercó a ella melosamente, puso los ojos en blanco como un borrego en sus últimos momentos, y le dijo:

—Un beso... pero de cine.

Se abrazaron los dos y se dieron un beso que duró más que una parte entera de un film, hasta que se abrió la puerta y apareció un camarero, que al verlos tan amartelados, exclamó:

—Con su permiso.

Don Zenón, molesto por aquella interrupción tan importuna precisamente en el momento más culminante de la entrevista, le preguntó:

—¿Qué pasa?

El camarero, que se dió cuenta del mal efecto que había causado su presencia, le dijo tímidamente:

—Ese amigo de usted, ese que parece un limpiabotas, está en un reservado con unas señoritas.

—Bueno, ¿y qué me quiere usted decir con eso?

—Pues que ha agotado todo el champagne del establecimiento.

—Que traigan más—le respondió Don Zenón—. ¿Y para eso nos ha interrumpido usted?

—Es que como no le conocemos...

—No se preocupe—le dijo Don Zenón—. Yo respondo por él.

—Es que tampoco tenemos el gusto de conocer al señor.

Aquello acabó con la poca paciencia que le quedaba a Don Zenón y levantándose le gritó furiosamente:

—¡Insolente!... ¡Queda usted despedido!

El camarero, cansado ya de tanta majadería, se encaró con él y le preguntó:

—¿Y quién es el que me echa a mí?

—¡Yo!—respondió energicamente Don Zenón.

—A mí no puede usted echarme! El único que puede despedirme es el dueño.

A los gritos de Don Zenón acudió el dueño del establecimiento y preguntó extrañado:

—¿Qué pasa?

—Este camarero que me ha faltado al respeto y yo lo despido—

respondió con igual indignación don Zenón.

El dueño procuró tranquilizar a don Zenón y le dijo cortésmente:

—No se acalore usted, señor... Explíqueme lo que ha ocurrido.

—Yo no tengo que dar explicaciones a nadie—siguió diciendo don Zenón—. He dicho que despido a este camarero y lo haré aunque tenga que comprar el establecimiento.

El dueño, tras no pocos esfuerzos, consiguió calmar a don Zenón y el camarero se fué nuevamente a servir a Pepe. Ante el temor de que éste pudiera marcharse sin pagar, le presentó la nota de la cuenta, y Pepe, sin mirarla siquiera y en completo estado de embriaguez, le dijo:

—Mi amigo la pagará... El es quien guarda mis fondos.

—Está bien, señor—respondió el camarero, volviendo de nuevo a donde estaba don Zenón y presentándole la cuenta.

—¿Qué es esto?

—La cuenta de su amigo... Dice que usted la pagará.

Don Zenón pagó el gasto que había hecho Pepe, pero diciéndole al camarero:

—Está bien, pero dígale a ese sinvergüenza que la tiene que pagar él y que yo me he ido... Como no podrá hacerlo, a ver cómo se las compone.

Salió el camarero para cumplir el encargo de Don Zenón y Fifina le preguntó extrañada:

—Pero, ¿no has dicho que es un millonario?

—Es un golfo—exclamó indignado Don Zenón—. He hecho eso para ver si así me libro de él.

La broma de Don Zenón colocó a Pepe en el mayor de los apuros cuando oyó al camarero que le decía:

—El señor dice que se ha ido y

que se las arregle usted como pueda.

Pepe se levantó indignado. Lo que menos podía esperar de su amigo era que le jugase aquella partida después de haber estado todo el día dedicado a su servicio. Ante aquella acción, exclamó:

—Esto que me ha hecho es una infamia... Le entregaré un cheque a la vista.

Y clamando contra su amigo salió del restaurante disimuladamente, antes de que llamaran a la policía y lo metieran a la cárcel.

Algunos días más tarde, en la noche, Pepe se presentó en la casa de Don Zenón. Al verlo, Fifina se quedó sin habla. Don Zenón, que estaba en su despacho, se volvió y la miró con sorpresa.

DALE DE BETUN (Revista)

Al día siguiente, Don Zenón, convertido en flamante empresario, o mejor dicho en «caballo blanco» fué al despacho del gerente del balneario, en el teatro en donde pensaban representar la revista. El gerente le dió cuenta de todos sus proyectos y le leyó la obra, exclamando don Zenón a la terminación:

—Estoy conforme en todo menos en la obra... El libro no me parece bien.

El gerente, algo molesto por la desconfianza que representaba aquello para él, le dijo:

—Pues el libro de mi revista será un éxito... No lo dude.

—Pues sí lo dudo—le dijo don Zenón.

Fifina vió todo por el aire y se

abrazó a Don Zenón, preguntándole:

—Entonces, ¿renuncias a ser empresario?... ¿Renuncias a mi amor?

—Ni a lo uno ni a lo otro—respondió con decisión don Zenón—. Tú serás mía y yo seré empresario, pero usted—y señaló al gerente—usted no será otra cosa que mi agente. Se encargará de contratar la gente y nada más.

—Pero, ¿y quién escribirá la revista?—preguntó confuso el gerente.

Don Zenón quedó parado ante aquella pregunta. En verdad, que no se le había ocurrido quien podría ser el que escribiese la revista, más como él era hombre de recursos

para todo, respondió después de un rato de meditación:

—¿ Dice usted que quién escribirá la revista?

—Sí.

—Pues bien—exclamó don Zenón—. La escribiré yo.

—¿ Usted?

—Sí, yo mismo—insistió don Zenón—. ¿ No me cree usted capaz de ello?

El gerente, ante el temor de suscitar la cólera de aquel Mecenas, respondió:

—Ya lo creo... A usted lo creo yo capaz de todo... Pero, ¿ quién la dirigirá?

—Yo—volvió a decir don Zenón—. Será un canto al limpiabotas, un elogio a mi crema.

—¿ Revista con asunto? —exclamó asombrado el gerente—. Pues yo le aseguro que es cosa muerta antes de nacer... La revista no ha de tener pies ni cabeza.

—Pues la mía tiene pies y bien calzados—le respondió don Zenón—. No hay hombres sin pies ni pies sin cabezas.

—Eso es muy cursi—replicó el gerente.

—Cursi, ¿ eh? —preguntó irónicamente don Zenón—. Pues yo le demostraré que todo el mundo necesita de alguien que le dé lustre... Así

justificaré el anuncio de mi crema y el título de la revista.

—¿ Cómo se titulará? —preguntó el gerente con cierta sorna.

—«Dale de betún» — respondió Don Zenón sin titubear siquiera—. Los ersonajes centrales serán el zapato y el betún—. Y dirigiéndose a Fifina, que le escuchaba sonriendo, le dijo: —Tú serás el zapato y yo seré el betún.

El gerente estaba a punto de soltar la carcajada al oír tantos disparates, pero como después de todo el dinero era de Don Zenón y gracias a su dinero podría montarse la revista y vivir unas cuantas semanas o lo que durase a su costa, comprendió que lo mejor era no desanimarlo, y le dijo:

—Esta revista le dará a usted lustre.

—Y dinero—exclamó convencido don Zenón—porque el que pierda con la revista lo ganará con la reclame de mi crema.

—¿ Y ha de tener muchos personajes? —inquirió el gerente.

—Muchos. Primero, yo y ésta (por Fifina). Después mi compañero, el limpiabotas. Desfile de pieles, desde la de cocodrilo a la de zorra y becerro, etc.

—Muy bien, muy bien! —exclamó el gerente, animándolo para que

no desistiera de la idea de financiar la revista.

Don Zenón en plan ya de empresario, o mejor dicho de «caballo blanco», empezó a dar órdenes, y le dijo:

—Conque, no perdamos tiempo... Tú, Fifina, al camerino, cúbrello de tapices, llénalo de muebles y de todo lo que quieras. Usted—y se dirigió al gerente—traiga las chicas del conjunto.

—Las tengo ahí esperando.

—Pues vaya usted por ellas, porque quiero irlas seleccionando.

—En seguida—respondió el gerente, haciendo ademán de salir.

Fifina se levantó también para marcharse y antes de hacerlo le amenazó graciosamente con el dedo a don Zenón, diciéndole:

—Yo me voy, pero cuidadito con la selección.

Don Zenón, ante aquella muestra de celos que parecía tener Fifina, se sintió más orgulloso aun de lo que estaba, y respondió, dándose tono:

—No temas. Tú siempre serás mi vedetta... Adiós, rica.

—Hasta luego, millonario mío—le dijo ella.

Al quedar solo, Don Zenón que se estaba dando cuenta de que en aquellos pocos días estaba gastando

más de lo que él mismo hubiera ensado, quiso hacer balance de su capital y se dijo:

—A ver el libro de cheques—. Sacó su talonario de cheques y después de contar el dinero que le quedaba, volvió a decirse: —No queda mucho, pero no importa. La crema dará para todo esto y aun para más.

De sus divagaciones lo sacó la voz del gerente, que se presentó en la puerta, diciéndole:

—¿ Se puede pasar?

—Adelante—respondió don Zenón—. ¿ Qué ocurre?

—Nada, que le traigo a las mejores mujeres que he encontrado. Aquí tiene usted desde Miss Hollywood a Miss Belladona.

Don Zenón se puso a inspeccionar a todas las que había traído el gerente y para sus adentros se dijo que aquel tunante no tenía mal ojo en la elección de chicas. Había cada una, como para sentirse atacado de la manía de abrazarlas. Ahora bien, que entre todas aquellas resaltaba la fealdad de una pobre, más ridícula que un bacalao, y Don Zenón le preguntó al gerente:

—Y ésta también es Miss?

El gerente, con una seriedad que asombraba, le respondió:

—Ya lo creo que lo es... Es mi sobrina... ¿ Si quiere usted que me quede para ayudarle en la elección?

—No, de ninguna forma—respondió don Zenón—. Hay cosas que más vale hacerlas solo... Puede usted retirarse.

Don Zenón empezó a inspeccionar a cuantas chicas formaban el conjunto y le llamó la atención una rubita, que era verdaderamente deliciosa. El amor que sentía por Fifina no era obstáculo para que aquella rubia le incitase de una forma irreprimible, pero la presencia de las demás lo retuvo y al ver pasar a su amigo lo llamó, diciéndole:

—Pepe, ven aquí.

Se acercó éste y Don Zenón, mostrándole todo aquel ramillete de caras hermosas, le dijo:

—Pepe, ahora vamos al escenario a ensayar... Tu empiezas a ejercer... Ya sabes que desde ahora eres el amo del escenario, representante, celador, regisseur y segundo apunte.

—¿Nada más?—preguntó Pepe, viendo que eran demasiado los cargos que le daba su compañero.

—Nada más... Conque a empezar a cumplir tu obligación.

Pepe se acercó a las muchachas y les dijo:

—Niñas... al escenario.

Salieron todas corriendo alegremente y en el momento en que fué a salir la rubita, Don Zenón la detuvo, diciéndole cariñosamente:

—No, tú quédate.

—¿Yo?—preguntó extrañada la muchacha—. ¿Para qué?

—Porque tenemos que hablar—le dijo don Zenón—. Quiero examinarte particularmente.

—Bueno — respondió la rubia, conformándose con la orden que le daba.

Las muchachas se detuvieron para oír lo que don Zenón le decía a la rubia, y Pepe, que comprendió el juego, las instó a que saliesen diciéndoles:

—Hala, hala, vamos para el escenario.

Se fueron todos y quedaron solamente don Zenón y la rubia, dispuesto aquél a examinarla particularmente, y la rubia con ánimos de dejarse examinar, siempre que el examen no resultase muy riguroso.

EN PLENA ACTIVIDAD

Los ensayos de la revista llevaban su curso y a medida que transcurrían los días los fondos de don Zenón iban bajando de una forma alarmante. Fifina era una especie de esponja que absorbía cuanto dinero podía sacar y don Zenón se pasaba el día firmando talones del banco. Aquello llevaba visos de dar al traste con el capital, no de don Zenón, sino del de un verdadero mahajah.

Pero como ya faltaban pocos días para la representación, y por otra parte se hallaba muy a gusto en aquella vida, don Zenón seguía tan entusiasmado, sin darse cuenta que iba derecho a la ruina.

Pepe se había convertido en un regisseur, que era implacable en el

cumplimiento de su misión y no pasaba por movimiento mal hecho.

Conocían de sus exigencias en este sentido hasta las pobres mujeres de la limpieza, que en cierta ocasión le preguntaron al conserje:

—¿Qué tal es este empresario?

El conserje se encogió de hombros aun cuando mostrando alguna compasión por él y les dijo:

—Otra pobre víctima.

—Dicen que es un hombre muy rico?

—Eso dicen, además se trae consigo obra y vedette y además trae a un regisseur, que era limpiabotas, y ahora se cree que es el rey del mundo artístico.

En esto se oyeron las voces de

Pepe, que llegaba gritando, llamando al conserje, y éste exclamó:

—Ya llega gritando... Siempre anda igual—. Y respondiendo al llamamiento, gritó a su vez: —¡Aquí estoy!

Apareció entonces Pepe y al verlo de charla con las mujeres de la limpieza, le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí?

Fué a contestarle el conserje, pero antes de que pudiera hacerlo se encaró Pepe con las mujeres que hacían la limpieza y les dijo:

—Vosotras a la limpieza y usted, conserje, a la puerta y no deje entrar a nadie que no sea de la casa!

—Está bien, señor—respondió el conserje.

Pepe se fué al escenario y al poco tiempo de estar allí se le preguntó nuevamente el conserje, diciéndole:

—Señor, ahí fuera hay una comisión de limpiabotas que quiere hablar con usted.

—Que pase esa comisión—le respondió Pepe.

Se fué el conserje y minutos después aparecieron varios limpiabotas que se quedaron sorprendidos al ver la elegancia con que vestía su antiguo compañero. Uno de ellos no pudo ocultarle su extrañeza y le dijo:

—Chico, estás hecho todo un gran señor.

Pepe se contoneó en un gesto de indiferencia, como si él no le diera importancia a su nueva vida, y otro limpiabotas le dijo de nuevo:

—Tú, ya no vuelves a limpiar calzado.

—¡Que sea enhorabuena, chico! —le dijo otro de sus antiguos compañeros.

—Gracias, gracias—les respondió Pepe, como quien hace un gran favor con concederles aquella entrevista. Luego acordándose que iba a tener que necesitar de todos ellos, dulcificó su tono y les dijo amistosamente:

—Dejémonos de cumplido, que entre compañeros y amigos no va bien y vamos al grano. Mañana se estrena la revista de Zenón... Está dedicada al gremio de limpiabotas y se titula «Dale de betún».

—¡Colosal!—exclamó uno de los betuneros.

—¡Ha tenido una gran idea!— exclamó otro.

—Bueno—los atajó Pepe, en sus expansiones admirativas—. Os he hecho venir para deciros que Zenón tiene gran empeño en que vengáis todos al estreno.

—¿Y qué haremos nosotros?— preguntó uno de ellos, que se olía que aquella invitación tenía algo de intríngulis.

—Pues sencillamente aplaudir.

—¿Hacer de claque?—preguntó el mismo betunero.

—Hombre, tanto como de claque, no—exclamó Pepe—, pero me parece que tratándose de un antiguo compañero, de un hombre que no se ha olvidado de vosotros y que quiere dedicaros su primera obra y que además os invita de gratis, no vais a negarle vuestros aplausos.

—¡De ningún modo!—exclamaron los betuneros a una—. Nos pondremos en el paraíso todos en fila y ya verás qué manera de aplaudir.

—¡No, por Dios!—protestó Pepe—. Todos en el paraíso, no. Os ponéis en la platea unos, en el anfiteatro otros, y los demás en el paraíso.

—No te preocupes de eso—le dijo un compañero, que se preciaba de conocer todos aquellos trucos teatrales—yo los repartiré.

Y señalando a unos cuantos de los que le acompañaban, siguió diciéndole:

—Estos dos, cuando se visten, parecen dos señoritos, estos son los gallitos del gremio y éste otro es mi gallo.

—Pues nada, tú te encargas de esto, pero repártelos bien. Los señoritos a la platea y los pollos al gallinero.

—No hay más que hablar—terminó diciéndole el betunero que se

había ofrecido a hacer el reparto—. Todos estarán en su sitio y ya verás cómo aplaudimos.

Pepe les hizo el honor de salir a acompañarlos hasta la misma puerta y cuando volvió de nuevo al escenario se encontró con la rubia que don Zenón había querido inspeccionar particularmente, y le dijo:

—¡Hola, rubiales!... ¿Qué tal?... ¿Te han subido el sueldo?

—A mí?—respondió extrañada la chica—. ¡Si aún no he debutado!

—Eso no importa... ¡Cómo que tú ensayas con el autor!

La rubia hizo un gesto de dignidad ofendida y exclamó:

—¿Tú también te figuras que el empresario me proteje?

—Ya lo creo—confesó con sinceridad Pepe, acordándose del interés de que su amigo había demostrado por ella desde que la vió.

—Pues estás muy equivocado— respondió la muchacha, sintiéndose ofendida—. Yo soy una mujer decente.

—Naturalmente—le dijo Pepe—. Por algo hay que empezar.

—Es que ustedes en seguida piensan mal—siguió diciendo la chica.

—Llevas razón y lo peor del caso es que la mayor parte de las veces acertamos. En cuanto nos damos cuenta de que el empresario distin-

que a una muchacha más que a otra...

—¿Y eso que tiene ver? —le atajó la rubia.

—Nada —replicó Pepe, a quien la rubia tampoco le era desagradable—. ¿Te crees que soy tonto?

La muchacha rabiosa ante el pensamiento que adivinaba en Pepe protestó enérgicamente, diciéndole:

—Pues, no es verdad y no es verdad y todo esto se lo diré a don Zenón.

Pepe la cogió por una muñeca y mirándola seriamente, le dijo:

—No, oye, no... No me vayas a poner el cocido a distancia.

—¡Es que me dices unas cosas!

Pepe, ante el temor de que la rubia fuera con el cuento a su amigo y éste en uno de sus momentos de cólera le echase, pretendió contentar a la muchacha y le dijo amistosamente.

—La verdad es que, como tú quieras te haces el ama y a la vedette la dejas en el conjunto.

—¿Tú crees que tengo talento para eso? —preguntó la chica halagada en su vanidad de artista.

—Eso yo no lo sé, pero lo que sí sé, es que don Zenón tiene dinero... Creeme a mí, tú, déjate querer, dale coba a don Zenón y el mundo es tuyo.

—Es que yo quiero triunfar por

mi talento —replicó la muchacha.

—No te hagas ilusiones —le aconsejó Pepe—. En este arte no hay más talento que el dinero del empresario.

Mientras ellos hablaban fueron entrando las demás coristas para ensayar y al cabo de un rato, cuando ya estaban preparadas, el pianista llamó la atención de la rubia, diciéndole:

—Niña, ¿tú no ensayas?

—No, esa tiene bula —respondió una de las chicas del conjunto.

—¿Para qué necesita ensayar? —exclamó otra de las coristas picarescamente.

—Para algo la protege el empresario —murmuró una tercera.

Pepe, que está viendo que aquello iba a terminar mal, muy mal, quiso imponer su autoridad y les gritó:

—¡A callar todas!... ¡Aquí mando yo! Esta chica no canta.

—¿Por qué? —preguntó el pianista.

—Porque a mí no me da la gana —exclamó Pepe—, ¿quiere más explicaciones?

Una de las coristas, ante la actitud de Pepe, se encaró con él y le dijo:

—Pues, si ella no canta, tampoco canto yo.

—¡Ni yo! —exclamó otra.

—¡Ni yo! —repitió otra tercera.

El jaleo que se armó no es para descrito y cuando estaba más en su apogeo, acertó a entrar don Zenón, que preguntó extrañado:

—¿Qué ocurre?

—Esta tiene la culpa de todo —exclamó el pianista señalando a la rubia.

Fifina, que venía acompañando a don Zenón, se quedó mirando a la corista y le dijo:

—Ya me extrañaba a mí que no estuvieras tú metida en el baile —y volviéndose a don Zenón, le dijo: —Zenón, has de prescindir de esta chica.

—Pero, mujer —le suplicó él.

—No es necesario —intervino la rubia —ya me voy, no tema usted que le dispute el puesto.

Sacó Fifina toda la flamenquería que poseía y poniéndose en jarras se encaró con ella, gritándole:

—¿Tú?... ¡Ja... ja! —Disputarme la vedette?... ¿Cuándo tendrás tú lo que yo tengo?

—Cuando me dé la gana —respondió la rubia en el mismo plan que la vedette.

—¡Que te crees tú eso! —le dijo Fifina.

—¿Qué no? Pues es menester que sepa que sólo me hace falta darte el «sí» al empresario.

Todas las demás coristas, con esa animadversión que suelen sentir ha-

cia la vedette, por el puesto que ocupa, soltaron una burlona carcajada y Fifina, indignada contra todas ellas, le gritó a la rubia:

—¡Desvergonzada!

—Presumida —le respondió la otra.

—¡Este hombre es mío! —siguió diciéndole Fifina.

—Eso será hasta que yo quiera —le repuso la rubia.

Don Zenón miraba la escena sin poder ocultar su complasencia, al ver como se lo disputaban las dos mujeres, y Pepe, presumiendo la escena que se avecinaba, se acercó a Zenón y le dijo:

—Se van a matar por ti.

Don Zenón movió la cabeza, al mismo tiempo que sonreía satisfecho y le respondió, con sobrada vanidad:

—¡Suerte que tiene uno!

—Pero, ¿qué las das, Zenón, para volverlas locas?

—Dinero —contestó con gran tranquilidad el fabricante de cremas. Con eso no falla ni una.

Pepe pretendió imponer orden en aquel laberinto que se había formado y se mezcló entre ellas diciéndoles enérgicamente:

—¡A callar todas o vais a la calle!

Mientras las chicas evolucionaban

se presentó el conserje y acercándose a don Zenón, le dijo:

—Ha llegado la modista con los trajes.

—Bueno—respondió don Zenón, sin darle importancia.

—Es que dice que no los deja, si no le pagan antes.

—Pues, que vaya a mi despacho —le respondió don Zenón—. Aquí se paga todo.

Pepe lo miró algo turbado. Sabía que su amigo estaba ya casi con el agua al cuello y le advirtió:

—¿Ya sabes que no te dejan levantar el telón que no esté todo pagado?

—Claro que lo sé, pero no te apures, tenré el dinero que hace falta.

—¿Cómo?...

—He hipotecado mi fábrica a ese inglés que la solicita y he cedido mi patente de la crema.

Pepe miró asustado a su amigo. Aun cuando él era un sablista que quería vivir de la prodigalidad de don Zenón, no por eso dejaba de sentir cierto afecto hacia él y por lo mismo exclamó alarmado:

—Pero, ¡eso es tu ruina!

—No te preocupes—respondió don Zenón con una tranquilidad que dejó helado a su compañero—. Fifina tendrá un gran éxito... Habrá tiros por venir a verla y ganaremos un dineral... Tenlo todo dispuesto y que ensayen bien.

—Bueno, bueno—terminó diciendo Pepe—. Ensayaremos y que sea lo que Dios quiera.

EL VERDADERO AMOR DE FIFINA

Como no podía menos que suceder, Fifina tenía un gran amor, un amor por quien estaba ciega. Lo de don Zenón era puramente comercial, sin que sintiera por él la menor pasión, en cambio lo otro, era un sentimiento que tenía muy adentro del corazón y que no podía vivir sin él.

Claro está que Fifina era una mujer comprensiva, una mujer que medida el alcance de todas sus posibilidades y que comprendía que con el amor no podía vivir ni tener coche, ni comprar joyas y vestidos. Sabía que con el amor no podía pagar al modisto, ni al zapatero, ni al perfumista y convencida de ello, hacía un esfuerzo, sacrificaba su amor y se dejaba querer por don Zenón, que cada día se mostraba más colado.

Pero aquellos pensamientos de

Fifina no los compartía su novio. El la quería a ella y no podía avenirse con la separación que la había impuesto don Zenón, que no dejaba a Fifina ni a sol ni a sombra.

El novio de Fifina era un agente teatral, lo conoció ella en cierta ocasión que fué a ofrecerse para que le buscara contrato y desde aquel día los dos se quisieron y se amaron con frenesi.

Estaba Fifina encerrada en su camerino, cuando oyó la voz de su novio que le preguntaba:

—¿Estás sola?

—Sí, ¿quéquieres?—le preguntó ella, al mismo tiempo que le franqueaba la puerta para que entrase.

El agente entró y cogiéndola en sus brazos la besó amorosamente y le dijo:

—Fifina, mira bien lo qué haces... Ese nuevo rico, cargado de alhajas me ha robado tu amor. Tú eres mi compañera y colaboradora y me dejas en la calle.

—¿Yo?... Dices que yo te dejo? —preguntó Fifina interrumpiéndole.

—Déjame llegar al fin—exclamó su novio—. Es preciso que vuelvas a mí, Fifina.

—Imposible—exclamó la muchacha—. Ese hombre me colocará en el pináculo de la gloria... Tendré nombre, dinero, todo cuanto quiera.

—Eso si no viene una mocozuela a arrebatarlo todo.

—¿A mí?—exclamó ella burlonamente—. ¿Quién puede más que yo?

—Cualquiera—le dijo su novio despechado—. Esa misma rubita, que sin querer se ha apoderado de la voluntad de tu protector y que en cuanto quiera se erigirá en vedette y te destronará.

Fifina miró severamente a su novio. Interiormente empezó a sentir un odio atroz hacia aquella muchacha, pero luego, segura del dominio que ejercía sobre su protector, le dijo:

—No la temo. Zenón necesita una mujer peligrosa como yo y no le sirve una ingénua como aquella.

—Es que las ingénulas también de-

jan de serlo cuando se presenta la ocasión.

—Pero esa no—respondió convencida Fifina—. Esa es una muchacha decente.

—¿Y te parece poco mérito para que le interese al empresario?

Fifina no se daba por vencida. Tenía una confianza ciega en sus encantos y le dijo a su novio.

—Pero, ¿tú me has mirado bien?

—¿Que si te he mirado?—respondió sonriendo su novio—. Te me sé de memoria, chiquilla.

Intentó abrazarla de nuevo, pero ella lo rechazó diciéndole:

—No te pongas cursi y déjame.

—¿Llamas cursilería a lo que te he estado diciendo? Pues, acuérdate que te pronostico que esa niña te guitará a ese hombre.

—No sabe bastante—respondió Fifina.

El agente, en vista de que no conseguía nuevamente convencer a su novia, intentó obligarla por el miedo y le dijo amenazador:

—Esa muchacha no sabrá, pero ya la enseñaré yo... A ti debe constarte que soy buen maestro.

Fifina le miró airadamente y le preguntó:

—¿Vienes a declararme la guerra?

—No—le contestó su novio—. vengo a brindarte la paz.

—¿Y quéquieres por ella?—preguntó Fifina, comprendiendo que no podía luchar con él.

—Pues, quiero que tú por un lado con tus seducciones y yo por otro con mis mañas, le saquemos lo que podamos y en el momento oportuno pongamos entre él y nosotros el mar de por medio y con el dinero suyo y las lecciones mías, serás lo que quieras ser y lo que yo quiero que seas, la reina del mundo.

Fifina empezaba a comprender las intenciones de su novio y sintiéndose tentada por aquellas ofertas, le dijo:

—No me tientes, no me incites a hacer una infamia.

—¿No la hizo él antes compromiso?... ¿No te arrancó de mis brazos, sin importarle nada el amor que te tengo?

—Sí—respondió Fifina—, él me arrancó de tus brazos, pero no pudo arrancarte de mi corazón.

El agente, viendo que llevaba la partida ganada, la miró melosamente y le preguntó:

—¿De verdad que no me engañas?

—De sobras sabes que te quiero.

Y se arrojó en sus brazos dejando que su novio la besase en los labios, hasta que de pronto apareció Pepe

y los sorprendió en aquel dulce coloquio. Los dos novios se separaron inmediatamente al verse sorprendidos por el regisseur y éste exclamó burlonamente:

—¿Es una escena nueva de la revista la que estáis ensayando?

El agente, sin mostrarse inquieto por la presencia de Pepe, le respondió en igual tono de burla:

—Sí, señor, es el desenlace, la escena final.

—Pues, es un desenlace que el autor no había previsto—replicó Pepe.

El agente, seguro de que no podía confiar en la discreción de aquel hombre que estaba a sueldo del autor, le dijo indiferente:

—Pues, comuníqueselo usted, porque al final aparezco yo.

—Pero yo le hago a usted que desaparezca antes del final.

Habían salido fuera del cuarto y hablaban ya en el escenario. El agente, sin amilanarse por el aire de desafío de Pepe, se encaró con él y le dijo:

—¿Qué usted me hace desaparecer a mí?... ¿Cómo?

—De esta forma—respondió Pepe, dándole un empujón y haciéndole desaparecer en una trampa del escenario.

Fifina, al ver desaparecer a su novio corrió adonde estaba el regisseur y le dijo:

—¿Qué has hecho?

—¡Pues, salvarte, so lila! Si en lugar de ser yo es Zenón el que os sorprende, se acaba todo.

—¿Y qué es lo que te propones? —preguntó inquieta Fifina.

—Sencillamente, que no pierdas por una necesidad, todo lo que llevas ganado.

—Sí, pero mientras...

—Pues, mientras, sigues como hasta ahora y... ojo, que Zenón viene.

—No quiero verlo—exclamó Fifina—. Necesito estar tranquila... Todo esto me ha puesto muy nerviosa.

Pepe comprendió que llevaba razón la muchacha. La conversación que había tenido con su novio y lo que finalmente había ocurrido entre él y el regisseur habían puesto a Fifina en un estado de nerviosidad, que el mismo Pepe comprendió que era peligroso que la viera su amigo y tomándola de una mano se la llevó del escenario, diciéndole:

—Vamos, anda. Ven conmigo.

Don Zenón entró llamando a Pepe y éste volvió al momento, en cuanto que hubo dejado a Fifina, diciéndole:

—Aquí estoy, hombre, qué pasa?

—Que vamos a hacer unas pruebas de los cuadros.

Pepe llegó al escenario y acercándose a su amigo, le dijo:

—Tengo que hablar contigo, Zenón.

—Bueno, ya hablaremos luego.

—Es que se trata de una cosa muy urgente, de una cosa muy grave.

—Ya te he dicho que no me distraigas ahora, quiero ver la prueba.

—Mira que es muy importante lo que te he de decir.

Don Zenón, viendo que no había manera de librarse de él, dijo al fin, como quien se resigna:

—Bueno, habla de una vez.

—Mira, Zenón, es menester que te des cuenta de que en menos de quince días te has gastado una fortuna.

—Eso no importa—respondió Zenón—. Con la revista la recuperaré.

—¿Y si fracasa?

Don Zenón lo miró fijamente y al fin le respondió:

—Pepe, no me seas agorero. Déjate de tonterías y ve a decir que den luz.

—Aquí no da la luz nadie más que tú.

—Bueno, termina de una vez—respondió impaciente don Zenón—.

—Quieres ir a decir que den luz o voy yo mismo?

—No te molestes—respondió Pepe viendo que su amigo no tenía cura posible—. Iré yo mismo.

Y poco después empezaban las pruebas con gran satisfacción de don Zenón que vió que todo estaba según él deseaba.

EL ESTRENO DE LA REVISTA

Todo estaba a punto para el estreno de la revista. Ni un solo detalle había quedado olvidado, y don Zenón, hombre que confiaba mucho en la propaganda, había tenido especial cuidado en que toda la prensa se cuidase de aquel estreno con el fin de llamar la atención del público.

No había diario que no publicase sendas informaciones relativas a la revista «Dale de betún», los gráficos publicaban también fotografías de algunos cuadros y sobre todo de la gran vedette Fifina, que hacía su aparición ante el público en aquella obra.

Los elogios más calurosos eran tributados a la revista augurándole un éxito clamoroso y cuando don Zenón leía todo aquello que él había pa-

gado, llegaba incluso a creerse de que era verdad.

Tenía una fe ciega en el triunfo y por lo mismo no le preocupaba el dinero que se había gastado en el montaje de aquella obra que había acabado con todos sus recursos, con su fábrica y hasta con la patente de su crema. Se hacía la ilusión de que el negocio más grande de su vida sería aquel de la revista y que el dinero volvería a manos llenas otra vez a él.

Pepe, no obstante, no era de la misma opinión que él y aun cuando había intentado otras varias veces poner sobre aviso a su amigo, no había conseguido otra cosa que suscitar el mal humor de éste y terminar dejándolo en paz, para que se

convenciera por sus propios ojos de las tonterías que estaba haciendo.

La noche del estreno, la señora de don Zenón estaba tan tranquila en su casa, en compañía de su sobrina y le decía a ésta, quejándose de las prolongadas ausencias de su marido:

—No sé qué pensar de Zenón.

—¿Le ocurre algo, tía? —preguntó alarmada su sobrina.

—Ya te digo que no sé lo que le pasa. En un mes no le he visto más que tres veces.

—Tendrán la culpa los negocios —le respondió su sobrina—. ¡Como estos millonarios están siempre preocupados!

Pero para la señora de don Zenón, el razonamiento de su sobrina no era suficiente para que desechara sus temores y respondió con cierta duda:

—No sé, no sé. Tengo un triste presentimiento.

—Tía —le dijo su sobrina—, es que estás demasiado encerrada en casa. Debías ir al teatro, al cine... No tienes más diversión que la gramola, la pianola y la radio.

—A propósito de la radio —exclamó su tía. —Quieres hacerme el favor de ponerla?

Su sobrina conectó la radio y al poco momento se oyó la voz del locutor que decía:

—¡Atención!... ¡Atención!... Esta noche estreno de la superrevista «Dale de betún», original del aplaudido industrial don Zenón del Lustre. Don Zenón representará el papel principal de la obra presentando al mismo tiempo como vedette a su gran descubrimiento, la señorita Fifina... Esta noche estreno... Dentro de media hora se levantará el telón... No falten ustedes...

La mujer de don Zenón oía la radio y en su rostro iba dibujándose la sorpresa que le causaban las palabras del locutor. Cuando éste terminó al fin exclamó:

—¿Es posible?... ¿Zenón, autor? ¿Zenón, cómico?... Vamos a escape.

En el teatro todo era movimiento y acción. Los tramoyistas corrían de un lugar para otro preparando los decorados, mientras que las coristas se preparaban los trajes que habían de lucir.

Don Zenón sentía aquella noche la incertidumbre del éxito. El, que hasta entonces había tenido una confianza extrema en conseguirlo, al llegar al momento decisivo no podía disimular su nerviosidad.

Pepe también temblaba ante la idea de que pudiera fracasar el espectáculo y con el medio de ganar tan tranquilamente la vida.

Todos tenían algo por que temer, menos Fifina, que estaba tranquila,

pensando que había llegado al puesto tan deseado por ella.

En su camerino estaba arreglándose mientras que su doncella le decía, con esa adulación propia de los sirvientes de los artistas:

—Va usted a tener un exitazo, lo que se dice un exitazo.

—¡Ojalá! —suspiró Fifina.

—Pues claro que sí—insistió la doncella—. ¿Cuándo habrá visto el público a una artista más artista que usted? ¿Cuándo tampoco habrán visto a una mujer más requeteguapa?

Fifina sonrió halagada por lo que le decía su doncella y protestó débilmente diciéndole:

—Calle, exagerada...

—No es exageración—insistió la doncella—. Bien puede lucirla a usted ese don Zenón... ¡Qué suerte tienen algunos hombres!

—Bueno—exclamó Fifina viendo que aquella fuente de elogios no se agotaba nunca—. No me maree más.

—Es que lo digo porque es verdad, es verdad y es verdad... En cambio él, el pobre, está como...

—No me lo nombre—exclamó irritada Fifina.

—Es que me acuerdo del otro... Pobrecito.

—¿Quiere callarse? —gritó Fifina.

—No haga que me acuerde de él.

—Si yo no le habla de él... Aquél sí que la quería a usted y usted a

él... ¡Ay, Señor, lo que puede el dinero! Porque si no hubiera sido por el dinero que tiene este hombre, usted jamás le habría dejado.

—Hay que ser práctica, hija mía—respondió suspirando Fifina—. Yo le quería mucho y aun le quiero como entonces. Pero eso de «Contigo pan y cebolla» es bueno para dicho, pero no para practicarlo... Y no hablemos más de lo dicho.

—Pero si yo no hablo, y eso que el pobre me da una lástima enorme. Cuando me lo encontré hoy me dijo: «Dile a esa mujer fatal que el disgusto se lo doy, que la revista no pasará y que a aquel cetáceo lo arruino».

—¡Bah! —exclamó Fifina, no muy tranquila—. Eso son bravatas y nada más.

—¿Sabe usted lo que me ha dicho además? Pues me ha dicho que a la revista le falta un truco, pero que no se preocupe que el truco lo llevará él.

Fifina, que conocía de sobras a su novio, no pudo menos que exclamar nerviosamente:

—¿Qué intentará? Porque como bruto lo es bastante para buscarme una ruina.

—Yo, la verdad—volvió a decirle la doncella—, no me gusta hablarle de él, pero sé lo que piensa hacer.

—¿Lo sabe? Dígamelo para estar prevenida—le dijo Fifina.

—No, señorita—exclamó la doncella—. Yo no quiero hablarle de él... No quiero amargarle a usted el éxito.

—Le pido por favor que me diga lo que piensa hacer... Tengo miedo a que haga una de sus muchas barbaridades.

—Pues se lo voy a decir—terminó diciendo la doncella, como quien adopta una resolución extrema—. Me ha dicho: «Yo quiero que el debut de Fifina sea una cosa sonada. Quiero que su aparición en escena sea algo inolvidable. El autor es tan bruto que no ha cuidado su salida. Ella saldrá, cantará y como si tal cosa. Pero eso no debe ser así. Yo quiero que a su aparición, el público en peso lance un ¡ah!, que haya emoción, que el público se ponga en pie, que salgan al escenario los maquinistas, que la orquesta no pueda seguir tocando y que el asno cargado de brillantes que la va a explotar, explote como una bomba».

Ante aquellas palabras, Fifina no pudo menos que exclamar halagada en lo que ella creía un alarde de amor:

—¡Cómo me quiere!... Es capaz de haber inventado un truco magnífico.

—Magnífico—exclamó la doncella.

—Lo malo es que no lo podrá repetir.

—¿Por qué? —preguntó Fifina sin poder adivinar cuál era el truco que había ideado su novio.

—Usted misma lo comprenderá que es un truco sin repetición. Dice que él estará en la platea, esperando su aparición y en cuanto usted salga a escena... ¡Pum!

—¿Pum?... ¿Qué quiere decir eso?

—Pues ¡Pum! quiere decir que se pega un tiro en la cabeza,

—Un tiro en la cabeza? —exclamó asustada Fifina—. Ese es un bárbaro y por darme a mí un disgusto es capaz de hacerlo... ¡No, yo no puedo dejar que se mate de esa forma!... ¡Es preciso que lo evite!... Vaya usted, por Dios, y hágale venir. Es preciso que yo le convenza.

La doncella, que no deseaba otra cosa, salió en busca del agente y poco después éste se hallaba con Fifina, que le decía:

—No es posible que tú hagas eso. ¿No comprendes que es una barbaridad?

—Yo no puedo comprender nada. ¿No quieras que tu debut sea sonado? Pues yo te prometo que lo será. Un tiro no es cosa que se vea en todas las revistas. El público hará ¡Ah!, los maquinistas saldrán a escena, la orquesta dejará de tocar y Zenón se muere del susto.

Fifina sintió que en aquel instante

lo amaba mucho más que nunca y le dijo cariñosamente:

—No seas bárbaro... ¡Tú no harás eso!

—¿Que no?—preguntó burlonamente el agente—. Te juro que lo haré... ¡O tu amor o mi muerte!

—Es que yo no quiero que tú te mates—exclamó medio llorando Fifina.

El agente, que vió la partida ganada, insistió diciéndole:

—¿Dices que no quieras que me mate y me niegas tu amor? ¿De verdad no quieras que me mate?

—¡No, no!—exclamó Fifina.

—Pues ya sabes el remedio. Tú tienes el dinero que le has sacado, las joyas que te ha regalado, yo el mes de préstamo de los artistas que todavía no he dado a nadie, aquí tengo dos pasajes para Hollywood para los dos y uno de tercera para tu doncella.

—¿De tercera?—preguntó la doncella molesta por aquella diferencia de trato.

El agente, temiendo que se le convirtiera en una enemiga, se apresuró a decirle:

—A bordo pediremos el cambio de clase.

Fifina dudaba de hacer lo que le pedía su novio. Comprendía que no

tenía razón para portarse así con don Zenón y le dijo:

—Pero eso que me propones es un timo.

—Y qué?—exclamó el agente—. Así evitaremos que se time más contigo... Ya lo sabes: eso o el tiro en la cresta.

—No, eso nunca—exclamó asustada Fifina—. Déjame reflexionar... Ahora vete. Deben haberle dicho algo porque está muy escamado... Hoy le he visto muy nervioso. Debe estar mosca.

—Sí que lo está—intervino la doncella—. Márchese usted antes que él pueda venir y le vea.

Como si respondiese al pensamiento de Fifina y de la doncella, en aquel instante se oyó la voz de Zenón que llamaba a la puerta diciendo:

—Fifina, abre, soy yo.

—La señorita se está vistiendo— exclamó la doncella, para dar tiempo a que el agente se escondiese.

Fifina, con el apresuramiento propio del instante, buscó donde esconderlo y al fin le dijo:

—Escóndete detrás de ese biombo.

La doncella, cuando lo vió escondido, salió a abrir y don Zenón exclamó irritado:

—¿Desde cuándo he de hacer antesala para verte, Fifina?

—Es que estaba vistiéndome, hombre—se excusó ella.

—¿Y qué? ¿Acaso soy yo de cumplido?... Oye, ¿has visto al agente?

Fifina mostró gran extrañeza y respondió:

—¿Cómo quieras que le haya visto, a través de las paredes?... ¿No sabes que no he salido de aquí?

—No nos hemos movido—exclamó a su vez la doncella.

Don Zenón miró rencorosamente a la doncella de quien sospechaba que hacía el papel de alcahueta y fijándose en la nerviosidad de Fifina le dijo:

—Por eso ahora te mueves tanto... Bueno, ya hablaremos de eso. Ahora échate un abrigo y vete al escenario a ver dónde quieras que te indiquen el trono.

Fifina, que lo que no quería era salir de allí y dejar a don Zenón encerrado con el agente, se mostró más cariñosa que nunca y le dijo:

—Donde tú quieras, rico... Disípónlo tú mismo.

—No, quiero que seas tú misma... Anda, vamos.

Y llamando a la doncella le dijo:

—Ven tú también... Yo cerraré la puerta.

Antes que suscitar las sospechas de don Zenón con una negativa cerrada, Fifina accedió a acompañarlo y salieron las dos mujeres con él

después de cerrar la puerta con llave el propio don Zenón.

Sin embargo, el miedo de Fifina era inútil, porque el agente, aprovechando una ventana del camerino, había saltado por ella al escenario; mas como oyó pasos se ocultó precipitadamente en un arcón que encontró a mano, en el preciso instante que llegaba Pepe con varios maquinistas a quienes les dijo:

—Coged este arcón y llevadlo hacia el escenario.

Los maquinistas cargaron con él al escenario donde estaban don Zenón y Fifina hablando con los reporteros gráficos, quienes les decían:

—¿Nos permite usted qué hagamos unas fotos antes de empezar?

—Sí, hombres, retraten a la vedette—exclamó don Zenón.

—Y a usted también—le dijo otro fotógrafo.

—No, no—protestó don Zenón, pensando en su mujer—, yo no soy fotogénico.

Y por más que insistieron los reporters en quererlo retratar no lo consiguieron y tuvieron que conformarse con fotografiar solamente a Fifina.

Esta, antes de que tiraran una placa, les dijo:

—Esperen... No estoy tranquila... Luego haremos la fotografía, voy antes a mi camerino.

—¿Te has dejado allí algo?—le preguntó don Zenón.

—Sí, una alhaja—respondió Fifina, sin saber qué achaque echar para poder ir y dejar en libertad al agente.

—No hace falta—le dijo un reportero—. Puede usted retratarse así.

Fifina, viendo que no había manera, se quitó el vestido y apareció vestida con el traje que había de lucir en la revista, el cual apenas si le tapaba las partes más esenciales de su cuerpo. Un reporter se la quedó mirando y exclamó:

—Pero si ya está usted vestida... Es un traje precioso.

—Sí, pero me hielo de frío—repuso Fifina.

Fifina se colocó para que le hicieran la fotografía y el reporter les dijo:

—Permítame un instante que apague la luz, es sólo cuestión de un segundo, el tiempo de disparar... ¿Estamos?

Cuando todos estuvieron preparados, el fotógrafo les dijo, para que apagasen la luz:

—A la una, a las dos y a las tres.

Al apagarse la luz se oyeron pasos de alguien que corría y Fifina dió un grito al mismo tiempo que se hacia la luz y el fotógrafo decía:

—¿Qué ha sido eso?

—Alguien que estaba aquí dentro y que ha huido—exclamó Zenón.

—¿Sería un ladrón?—preguntó el fotógrafo.

Fifina, temiendo que fuesen a registrar todos los camerinos, exclamó asustada:

—Voy corriendo a mi camerino. Me he dejado allí mis joyas.

Sin embargo, don Zenón la cogió por una mano y le dijo burlonamente:

—No te asistes... Ese ladrón no venía por las alhajas... Lo que él quería llevarse, aun está aquí.

Y Fifina comprendió que don Zenón estaba al corriente de todo y que lo mejor era seguir fingiendo, si no quería tener una explicación definitiva.

Por fin llegó el momento culminante de empezar la obra. El teatro estaba todo vendido y cuando se levantó el telón apareció en escena don Zenón, para recitar un verso que él mismo había compuesto y que decía:

*Gloria al betún, pues su rol sólo consiste en dar lustre,
y, sin que le den charol,
jamás habrá un hombre ilustre!
Limpiaabotas, no te enfades
dando brillo a botas rotas,
pues muchas celebridades
se deben al limpiaabotas.
El betunero es notorio*

que es igual... pues siempre está, como Tenorio, de rodillas y a tus pies. Con tu talento alborotas, pues logras más lustre aún según sea el limpiaabotas, conque... "Dale de betún". Este ha de ser nuestro lema para glosarlo mejor, ved, aquí llega la crema.

Y en este instante hacía su aparición en escena Fifina, ante la especie del público, que esperaba ver a la nueva estrella.

Mientras tanto, la señora de don Zenón y su sobrina habían llegado al teatro y en la taquilla les dijeron:

—No hay ni una sola entrada.

—Pues yo debo entrar... Esta representación es para mí de capital importancia... Deseo estar lo más cerca posible del escenario.

Por fin, tras no pocos inconvenientes, consiguió lo que deseaba, y entró en el teatro en el momento en que debía salir Fifina. Pero en vez de ésta salió Pepe y le dijo:

—Fifina no está en su camerino y mira lo que ha dejado.

Don Zenón cogió la carta que le entregaba Pepe y leyó su contenido que decía:

«Idolatrado Zenón: Te dejo, me

voy con un hombre a quien di mi corazón.»

Don Zenón se llevó las manos a la cabeza y exclamó enfurecido:

—¡Veo brillar la traición!

El público, que empezó a tomar a broma la representación, en aquel momento no pudo aguantar más y empezó a gritar dando voces de fuera, hasta que no hubo más remedio que tirar el telón.

La ruina de Zenón se había consumado. La fábrica se había ido a pique, la patente había pasado a poder de otro, Fifina se había fugado y la revista había sido un fracaso rotundo.

Don Zenón salió a la calle acompañado de su amigo Pepe y le dijo:

—Estoy arruinado, Pepe... Ya no me queda nada.

—Te queda la amistad—le dijo Pepe—. Yo no te abandonaré nunca... Partiré contigo mi pobreza.

Un vendedor de periódicos pasó en aquel instante pregonando la lista de lotería y diciendo:

—¡El gordo en Barcelona!... ¡El gordo en Barcelona!

—Voy a comprar la lista—dijo Pepe.

—¿Fías en la suerte?—preguntó don Zenón.

—¿Quién sabe? Voy a ver si me ha tocado el gordo en aquel billete que me regalaste.

—Que te di a guardar—rectificó don Zenón.

—No, Zenón, que me regalaste.

—Bueno, para qué vamos a discutir... Para lo que te ha de servir.

Pepe compró la lista y apenas a tuvo en sus manos exclamó pegando saltos :

—¡El gordo!... ¡Me ha tocado el gordo!

Zenón también gritó alegremente :

—¡Somos ricos!

—No, Zenón—se apresuró a rectificar Pepe—. Querrás decir que soy rico.

—Pero ¿no acabas de decir que partirías conmigo tu pobreza?

—Mi pobreza sí—respondió Pepe.

—Pero yo no he dicho nada de mi riqueza.

—¿Y qué voy a hacer yo ahora? —preguntó con tristeza don Zenón.

—Pues dar de betún—exclamó Pepe—. Yo, por lo pronto, me voy a cobrar. Adiós.

Y mientras que Pepe desaparecía para hacer efectivo el billete que le había regalado don Zenón, éste miraba a un limpiabotás, pensando que desde el día siguiente él se vería también de igual forma... Otra vez tenía que empezar. Si al menos fuese Fifina la mujer a cuyos pies tenía que estar!

FIN

LA MÁS AMENA EDICIONES BIBLIOTECA FILMS LA MÁS SELEcta

PORTADA A TODO COLOR - PRECIO DE CADA TOMO UNA PESETA

MENTIRAS DE NINA PETROWNA	Brigitte Helm	EL MARIDO DE MI NOVIA	Marie Glory
EL LOCO CANTOR	Al Jonson	PRESTIGIO	Adolphe Menjou
LOS PECADOS DE LOS PADRES	Em'l Jannings	ROCAMBOLE	Rolla Norman
EL DESFILE DEL AMOR	Chevalier	14 DE JULIO	Rene Clair
EL AMOR Y EL DIABLO	Maria Corda	REDIMIDA	Frederic March
LA INTRUSA	Gloria Swanson	EL MILAGRO DE LA FE	Chester Morris
LA MARSELLESA	L. La Plante	LA VENUS RUBIA	M. Dietrich
ME PERTENECESES	F. Berdin	RASPUTIN	Conrad Veidt
LA FIERECILLA DOMADA	Mary-Douglas	LA AMANTE INDÓMITA	Bebe Daniels
UN HOMBRE DE SUERTE	Roberto Rey	MERCEDES	J. Santpere-Arcos
CASCARRABIAS	E. Vilches	SUEÑO DORADO	Lillian Harvey
NOCHES DE NEW-YORK	N. Talmadge	CORRESPONSAL DE GUERRA	Jack Holt
LA MUJER EN LA LUNA	Willy Fritsch	UNA MUJER PERSEGUIDA	C. Colbert
EL ZEPPELIN PERDIDO	Conway Tearle	UNA MUJER CAPRICIOSA	Vinne Gibson
LAS LUCES EN LA CIUDAD	Charlie Chaplin	BABIOS SELLADOS	Clive Brook
SU NOCHE DE BODAS	I. Argentina	DELINCUENTE?	Boris Karloff
DON JUAN DIPLOMATICO	C. Montalbán	CRUEL DESENGANO	B. Stanwick
EL EMBRUJO DE SEVILLA	L. de Guevara	INDISCRETA	Gloria Swanson
LA ULTIMA ORDEN	Emil Jannings	EL DOCTOR ARROWSMITH	Ronald Colman
NAUFRAGOS DEL AMOR	J. Mac Donald	DIPLOMÁTICO DE MUJERES	Marta Eggerth
EL CABALLERO DE FRAC	Roberto Rey	LA ULTIMA ACUSACION	John Barrymore
EL COMEDIANTE	E. Vilches	LA HIJA DEL DRAGON	Ana May Wong
LUCES DE BUENOS AIRES	Carlos Gardel	¿QUE VALE EL DINERO?	G. Bancroft
EL TENIENTE SEDUCTOR	Chevalier	VIAJE DE NOVIOS	Brigitte Helm
EL SECRETARIO DE MADAME	Willy Forts	PASTO DE TIBURONES	Edward Robinson
LA ARLESIANA	José Noguero	EL ROBINSON MODERNO	D. Fairbanks
ENTRA NOCHE Y DIA	Elena D'Aigy	SOLTERO INOCENTE	M. Chevalier
LOS QUE DANZAN	A. Moreno	I. F. I. NO CONTESTA	Charles Boyer
AL ESTE DEL BORNEO	C. Biskford	MELODIA DE ARRABAL	Argentino Gardel
M. (El Vampiro de Dusseldorf)	P. Lorre	EL SIGNO DE LA CRUZ	March. E. Landi
LA DAMA ATREVIDA	R. Pereda	TODO POR EL AMOR	J. Kipura
FATALIDAD	M. Dietrich	DANTON	J. Gretillat
EL PRINCIPE GONDOLERO	Roberto Rey	ESTRELLA DE VALENCIA	Brigitte Helm
AVENGALI	J. Barrymore	CASADA POR AZAR	Clark Gable
CARNE DE CABARET	Lupita Tovar	KING-KONG	Jay Wray
EL DOCTOR FRANKENSTEIN	B. Karloff	YO Y LA EMPERATRIZ	Lillian Harvey
PAGADA	Joan Crawford	MADAME BUTTERFLY	Sylvia Sidney
CATOLICISMO	G. Froelich	EL BESO ANTE EL ESPEJO	Nancy Carroll
KISMET	Loretta Young	VAMPIRESAS 1933	Warren William
CIMARRON	Richard Dix	S. O. S. ICEBERG	Rod LaRoque
EL TENIENTE DEL AMOR	G. Froelich	AMORIOS (Liebelley)	Magda Schneider
DIRIGIBLE	Jack Holt	MATER DOLOROSA	Line Nore
LA DAMA DE UNA NOCHE	F. Bertini	LA ISLA DE LAS ALMAS PER-	
NACIDA PARA AMAR	C. Bennett	DIDAS	Charles Laughton
AVVENTURAS DE TOM SAWYER	Jackie Coogan	VUELAN MIS CANCIONES	Martha Eggerth
MARIUS	Raimu	DIME QUIEN ERES TU	Liane Haid
UNA MUJER DE EXPERIENCIA	Nancy Carroll	NACIDA PARA PECAR	Mae West
EL ANGEL DE LA NOCHE	H. Twelvetrees	AUDIENCIA IMPERIAL	Martha Eggerth
UNA CANCION, UN BESO, UNA MUJER		EL TESTAMENTO DEL DR. MA-	
UNA HORA CONTIGO	G. Froelich	BUSE	Fritz Lang
DOS CORAZONES Y UN LATIDO	M. Chevalier	EL RESUCITADO	Boris Karloff
RONNY	Lillian Harvey	PARIS-MONTECARLO	Henry Garat
ATLANTIDA	Kathe de Nagy	FELIPE DERBLAY	Gaby Morlay
EL EXPRESO DE SHANGHAY	Brigitte Helm	GUERRA DE VALSES	Willy Fritsch
COCKTAIL DE CELOS	C. Bennett	MARIA	Annabella
UN CHICO ENCANTADOR	Henry Garat	TARZAN DE LAS FIERAS	Buster Crabbe
LA REINA DRAGA	Pola Negri	UNA VIDA POR OTRA	Nancy Torres
VICTORIA Y SU HUSAR	I. Petrovich	EL AGUA EN EL SUELO	Maruchi Fresno
EL CONGRESO SE DIVIERTE	Lillian Harvey	LA MASCARA DEL OTRO	Ronald Colman
REMORDIMENTO	P. Holmes	UNA DE NOSOTRAS	Brigitte Helm
QUE PAGUE EL DIABLO!	Ronald Colman	EL COLLAR DE LA REINA	Diana Karenne
EL IDOLO	John Barrymore	LA NOVIA UNIVERSITARIA	Buster Crabbe
BAJO FALSA BANDERA	Charlotte Suza	LA MUJER ACUSADA	Nancy Carroll
MANCHURIA	Richard Dix	MORAL Y AMOR	Camila Horn
EL HOMBRE Y EL MONSTRUO	March	PECADORES SIN CARETA	Carole Lombard
DAMAS DEL PRESIDIO	Silvya Sidney	EL CRIMEN DEL SIGLO	J. Hersholt
ESPERAME	C. Gardel	EL ABOGADO	John Barrymore
AMAME ESTA NOCHE	M. Chevalier	TUYA PARA SIEMPRE	Frederick March
UN "AS" EN LAS NUBES	Billie Dove	EL HOMBRE LEON	Buster Crabbe
LA COMEDIA DE LA VIDA	Florelle	FASO A LA JUVENTUD	Martha Eggerth
UNA NOCHE CELESTIAL	John Boles	VOLGA EN LLAMAS	Albert Prejean
POR LA LIBERTAD	Luis Trenker	EL HIJO DEL CARNAVAL	Ivan Mosjoukine
		DALE DE BETUN	Juan de Landa

EDITORIAL "ALAS" - Apartado de Correos 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franquicia gratis.

Metropol

C. Lauria, 115
TELÉFONO 81222

Temperatura constante 17 grados

El Salón que reúne las mejores condiciones de verano, por sus novedosos aparatos de refrigeración.

La temperatura más agradable de Barcelona

TEMPORADA DE GRANDES REPRISES

Actualmente se proyectan dos grandes producciones en cada programa. Dos películas de éxito indiscutible. Los films que han sido proclamados obras de arte por la crítica y público.

Únicamente podrá olvidar los calores del verano asistiendo al Salón

**Precio único:
1'50 ptas.**



Metropol

PRONTO...
EL ACONTECIMIENTO DEL AÑO!!

LOS 4 ALMANAQUES 1935

QUE TODOS LOS NIÑOS LEERÁN

por los más grandes e insuperables artistas



**MICKEY MOUSE
Y MINNIE MOUSE
LOS TRES CERDITOS
BIMBO
BETTY BOOP**

Precio popular de cada Almanaque: 30 cts.

**PEDIDOS A
EDITORIAL "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona**

UNA peseta